

NA: 314557

R. 53.590



IN VERITATE
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU
BIBLIOTECA
GIL MUNILLA

GM/185

INDULGENCIA
PARA TODOS.

*Comedia original en cinco
actos por don Manuel
Eduardo de Gorostiza.*

MADRID 1818.

EN LA IMPRENTA DE CANO.

*Se hallará en la librería de Gonzalez,
frente á la casa de los Gremios.*

INDULGENCIA

PARA TODOS.

*La lei castiga las faltas,
Y el hombre las compadece.*

ACTO II. SCEN. VI.

Á ANARDA.

Por justificar la lisongera opinion que merecí á V. luego que tuve la dicha de conocerla, he deseado que mi nombre saliese de la oscuridad á que le habian condenado mi natural indolencia, y los sinsabores que acompañaron los primeros años de mi juventud. Si algun dia llega aquel á ser pronunciado con aprecio por mis com-

patriotas , á V. solo se le deberá ; y por lo tanto permítame V. ofrezca á sus pies este ensayo dramático , como muestra de lo que podré hacer , como prueba irrefragable de mi invariable amistad , de mi respeto , de mi admiracion.

Madrid 1. de agosto de 1818.

Manuel Eduardo de Gorostiza.

PERSONAS.

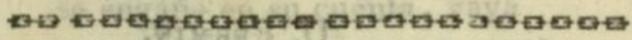
5

-
- D. FERMIN DE PERALTA*, vecino de una villa de Navarra, y padre de Sr. Antonio Guzman.
- DoÑA TOMASA*, y de Sra. Agustina Torre.
- D. CARLOS*, amigo de Sr. Bernardo AVECILLA.
- D. SEVERO DE MENDOZA*, caballero vizcaino, aunque con su familia establecida en Castilla, y tratado de casar con Doña Tomasa. Sr. Isidoro Maiquez.
- D. PEDRO ARISMENDI*, alcalde mayor del pueblo, y amigo de D. Fermín. Sr. Joaquin Caprara.
- COLASA*, criada de Doña Tomasa. Sra. Gertrudis Torres.
- GASPAR*, criado de D. Severo. Sr. Santiago Casanova.

La Scena se figura en una villa pequeña de Navarra.

El Teatro representa una sala de la casa de don Fermin , adornada con decencia , pero con muebles algo antiguos. Estará blanqueada solamente , con algun otro cuadro , &c. y esta sala tendrá dos puertas ; una que conduce á la entrada de la casa , y será la del foro , y otra que conduce á las habitaciones de la familia.

La Accion principia á las seis de la tarde , y da fin á las doce del dia siguiente.



ACTO PRIMERO.

SCENA I.

D. FERMIN Y D. CARLOS.

D. FERMIN.

¿Con que hoy llega?

D. CARLOS.

Si, señor,
hoy mismo, ó miente la carta
que acabo de recibir
de D. Jáime.

D. FERMIN.

Su tardanza
me empezaba á dar cuidado.

D. CARLOS.

Pues á fé que no me daba

á mi ninguno.

D. FERMIN.

¿Y por qué?

D. CARLOS.

Porque fuera una bobada.
 En un camino, señor,
 la menor cosa embaraza,
 y detiene y descompone.
 Además no encuentro tanta
 la diferencia. El nos dijo
 que llegaría sin falta
 el lunes, y llega el martes.

D. FERMIN.

Ya se ve. Con la cachaza
 que gastan los mozalvetes
 ahora, nada importa nada.
 Lunes dijo; y llega martes:
 lo mismo es.

D. CARLOS.

La cuenta es clara.
 De todos modos un día
 mas ó menos.....

D. FERMIN.

Hombre, calla
 con Barrabás, y no digas
 disparates. Que el que viaja

por interés ó capricho
se engañe en su cuenta , vaya
con mil diablos ; pero un novio
á quien espera la blanca
mano de una doncellita,
por fin y postre , ¿ no es gaita
que se venga equivocando
á la primera jornada ?

D. CARLOS.

A veces.....

D. FERMIN.

Nunca hai disculpa.
Ahora y siempre quien se casa
debe conocer al menos
el almanaque.

D. CARLOS.

Tomasa
no juzgará ciertamente
á su novio con tan rara
severidad.

D. FERMIN.

Que lo juzgue
como quiera. Todo cambia ,
y en todo hai moda. Por eso
no estrañaré que á tu hermana
le parezca una lindeza,
lo que en mis tiempos bastaba

para aguar mas de mil bodas.

D. CARLOS.

Ya tenemos en campaña
aquellos benditos tiempos.

D. FERMIN.

No que no. Si fuera chánza....
Por mucho menos tu tia
Doña Leonor de Peralta
y Quincoces dió á su novio
unas sendas calabazas,
sin mirar que era marques,
y rico, y tonto.

D. CARLOS.

¡ Ai que es nada
lo del ojo! Y diga vmd.
¿ por qué hizo tal mogiganga
la buena doña Leonor?

D. FERMIN.

Yo lo diré; pues me hallaba
precisamente en la iglesia
cuando el caso. Todo estaba
preparado: el organista
en su puesto: las arañas
encendidas: los chiquillos
á la puerta, y las tapadas
mui cerquita de la novia
para ver si se cortaba.

Solo en fin, faltaba el cura
para casarlos.

D. CARLOS.

Pues falta
era.

D. FERMIN.

No tanta, que estuvo
la cosa mas apurada
de lo que á ti te parece.
El sacristan era rana,
no lo niego, y aun el mejor
tabernero de Navarra,
segun dijeron entonces;
pero él solo fue la causa
de todo, con las mejores
intenciones, y las mas malas
resultas que puede haber.

D. CARLOS.

La intencion siempre le salva.

D. FERMIN.

Sí; pero ¿á quien se le ocurre,
sin esperar á que salga
el cura, y por abreviar
y pillar pronto las tarjas,
el decir á novio y novia
que las manos se tomaran?
Ya se ve, el pobre cuitado,

á fuerza de amor, estaba como estan todos los novios, sin saber lo que les pasa, ni lo que hacen, y por dar la mano derecha, alarga la zurda, y zas, mi marques equivoca la estocada.

D. CARLOS.

¡Oiga y qué lance!

D. FERMIN.

Tu tia era mui buena. Una santa casi, casi; pero en punto á el honor mui delicada. Asi, ó porque tuvo agüero, ó porque le diese rabia al ver que todos rieron del marques la borricada, lo cierto es, que una congoja le dió alli mismo tan larga, que la tuvimos por muerta. El doctor, que la enterraran dispuso ya.

D. CARLOS.

¿Y se enterró?

D. FERMIN.

No; porque como esperanzas

nos diera el sepulturero,
 quisimos ver si acertaba,
 y quiso Dios que acertase.
 Pero ¡ai Carlos! ¡qué mudanza!
 Luego que tornó á la vida,
 dijo que no se casaba,
 y no se casó, no hai mas,
 que no se casó.

D. CARLOS.

Pues basta,
 y sobra cuanto habeis dicho
 para probar que se amaba
 de otro modo en vuestros tiempos;
 pero padre, está mi hermana
 en un caso mui distinto
 que su tia. Si el novio tarda,
 ignoramos los motivos.
 Dejad que llegue, y la causa
 sabremos.

D. FERMIN.

Lo que te digo
 es, que entonces no escapára
 tan ahinas.

D. CARLOS.

Señor, entonces
 una mula se encojaba
 con igual facilidad
 que ahora. Tambien en posadas

quedaban trasconejados
gorros, pelucas y batas.
Si una rueda se rompía,
si un zagal se emborrachaba,
como se rompen y aturcan
los presentes; si en España
no se andaba por los aires,
digole á vmd.....

D. FERMIN.

Que me cansas,
y me secas y fastidias:
basta ya por Dios. Colasa?

COLASA.

¿Señor? *desde adentro.*

D. CARLOS.

Otras son las cosas
que á mi me asustan.

D. FERMIN.

¿Qué?

D. CARLOS.

Nada.

D. FERMIN.

Vaya, dilo, no me vengas
ahora con medias palabras
á guisa de covachuelo.

D. CARLOS.

Pues, señor, no es la tardanza,
que es el genio de mi amigo
el que solo me acobarda:
su genio, su poco mundo,
su austeridad, su....

D. FERMIN.

¿Muchacha? *llamando.*
esta maldita está sorda.

SCENA II.

COLASA Y LOS DICHOS.

COLASA.

¿Mande vmd.?

D. FERMIN.

¿Dónde te hallabas,
diablo, que siempre es preciso
desgañitarse?

COLASA.

¡Caramba!
despues que estoi todo el dia
hecha un azacan, regaña
vmd.

D. FERMIN.

Muger, no es reñir,
es preguntar donde estabas,
y qué hacias.

COLASA.

Limpiar el cuarto
del huesped, hacer la cama,
y tenerlo todo pronto
para cuando llegue.

D. FERMIN.

Braba
mozuela. Y dime, ¿qué colcha
has puesto?

COLASA.

¡Toma! la blanca
de damasco.

D. FERMIN.

Te confieso
que temí no le encajaras
la de filipichi.

COLASA.

Bueno
hubiera sido.

D. FERMIN.

Y la tohalla,

el espejo, la escobilla,
el jarro y la palancana,
¿ está todo en su lugar?

COLASA.

Todo está.

D. FERMIN.

Pues ahora, marcha,
y clávate en el balcon,
sin andar en garambainas,
ni muecas con el herrero
de enfrente; y avisa, Colasa,
en sonando campanillas.

COLASA.

Para autorizar las casas
nunca hace falta una mona,
en tanto que haya criadas.

D. CARLOS.

Ya está aquí nuestro D. Pedro.

D. FERMIN.

Qué D. Pedro ó calabaza?

D. CARLOS.

Toma! el alcalde mayor.

SCENA III.

D. PEDRO Y DICHOS, *menos*
COLASA.

D. FERMIN.

¡Jesús, qué milagro! vaya,
no esperaba tan temprano
á vmd.

D. PEDRO.

Vmd. es la causa
amigo.

D. FERMIN.

Pues me lo cuelgo
con gusto.

D. PEDRO.

Anoche quedaba
vmd. con tal impaciencia
por su yerno, que....

D. FERMIN.

Mil gracias;
mas ya salí del cuidado.

D. PEDRO.

¡Ola!

D. FERMIN.

Si señor. La carta que veis es de aquel D. Jayme, un hidalgo de Tafalla, que antes fué torero...

D. PEDRO.

¿Aquel que vive en la misma plaza entre el cura y la botica?

D. FERMIN.

El mismo que viste y calza.

D. PEDRO.

¿Y que dice el buen hidalgo?

D. FERMIN.

Dice que durmió en su casa antes de anoche mi yerno, y que hoy llegará sin falta á la tardecita.

D. PEDRO.

Sea, pues que tanto se deseaba, mil veces enhorabuena.

D. FERMIN.

Mucho, en verdad, me alegrará

si ya estuviese hecho todo;
 porque á lo menos me ahorra
 de camorras.

D. PEDRO.

¿Que camorras?

en cosa ya tan tratada,
 y que tanto os acomoda,
 no se debe hablar palabra,
 y dejar obrar al tiempo.

D. FERMIN.

Pues ahí verá vmd. Acaba
 ahora mismo el señor mio
 de volver á las andadas,
 y repetir cuanto dijo
 anoche.

D. CARLOS.

Si me dejara
 vmd. hablar....

D. FERMIN.

¡Dios nos libre!

D. CARLOS.

La ventura de mi hermana
 la encuentro comprometida:
 ella será desgraciada
 sin duda. Siempre lo dije,
 y lo diré mientras haya

remedio.

D. FERMIN.

¿Pues tú no fuistes,
hijo ó demonio, la causa
de saber yo que existia
tal hombre? ¿No le alababas
á troche y moche? ¿Te acuerdas
cuando fui por tí á Vergara,
qué pesado y qué chinchoso
estuvistes con las raras
prendas, y torna las prendas,
y el talento, y la motriaca
de tu amigo, hasta obligarme
á que le viese y tratara?
Y entonces ¿de que te admiras
si me gustó? ¿porque estrañas,
que no siendo un pelagatos
ademas, para Tomasa
le haya escogido? Su padre,
que se casó en Salamanca,
siendo joven y estudiando
lo que allí enseñan, gastaba
coche, y era un caballero
á quien yo traté en mi infancia,
y con quien siempre seguí
correspondencia por cartas.

D. CARLOS.

Lo mismo que dije entonces,
repito ahora; y si palabra

me da vmd. de no enfadarse,
 esplicaré lo que llama
 en mi una contradicion.

D. PEDRO.

Oigámosle. á D. Fermin.

D. FERMIN.

¿Si? pues charla
 cuanto quieras, hijo mio; ^{pero}
 te concedo carta blanca.

D. CARLOS.

D. Severo de Mendoza
 es un hombre á quien la sabia
 naturaleza ha tratado
 con tal indulgencia y tanta
 prodigalidad, que apenas
 se encuentra entre las humanas
 ciencias, una, no que ignore,
 sino en que no sobresalga.
 Su talento, aplicacion
 y lectura: su estremada
 facilidad para cuanto
 quiere áprender, y que allana
 en su favor los escollos,
 que á tantos detienen, causan
 verdadera admiracion.
 Yo le conocí en Vergara,
 en donde de Humanidades
 la cátedra profesaba,

y en donde tuvo principio
la amistad que nos enlaza;
su figura es agradable,
su corazón noble; se halla
en aquella edad preciosa
en que ya desenrolladas
nuestras facultades, pueden
realizar sus esperanzas.

D. PEDRO.

¿Qué edad tiene?

D. CARLOS.

Treinta y cinco.

D. FERMIN.

Si, sin lo que anduvo á gatas.
El año de ochenta y cuatro...

D. CARLOS.

En fin, una sola mancha
deslucé cuadro tan bello,
y un defecto es el que se halla
en él.

D. FERMIN.

¿Y cual?

D. CARLOS.

No tener
ninguno.

D. FERMIN.

¡ Miren que tacha !

D. CARLOS.

Ann mas de lo que os parece,
 que la propia desconfianza
 es solo quien nos inclina
 á escusar ajenas faltas.
 Tiene el hombre mil tiranos,
 que le sujetan ó arrastran,
 que le empujan ó detienen,
 que le humillan ó levantan:
 el interes, la opinion,
 las pasiones exaltadas,
 los encontrados deberes,
 las distintas circunstancias
 en que cada cual se encuentra,
 son otras tantas borrascas
 donde el piloto mas diestro,
 sino perece, naufraga.
 Y bien, ¿ cómo exigiremos
 indulgencia y tolerancia
 de quien jamás ha sufrido,
 de quien ignora las varias
 vicisitudes que afligen
 nuestra existencia precaria?
 Este es el caso, señor,
 del novio. Desde su infancia
 fué conducido al colegio;
 allí dió tanta esperanza

sus progresos fueron tales, que sus mismos camaradas, y los profesores mismos vencieron su desconfianza, y le obligaron á que se opusiese á la espresada cátedra en lugar de irse con su padre á Salamanca, como quiso: hace, en efecto, esta oposicion, la gana, y desde entonces gustoso se dedica á la enseñanza de aquellos que poco antes sus iguales se juzgaban. Sin embargo, en nada influye esta rápida mudanza para sus inclinaciones: desde su estudio á las áulas, desde su casa al colegio su vida entretiene y pasa sin mas trato que sus libros; y aquesta pasion le aislara de suerte que desconoce el suelo que pisa. Su alma engañada, enardecida por lecturas exaltadas, otra existencia se crea tan ficticia como vana. Grecia y Roma es su universo: las virtudes celebradas de sus hijos, son las solas que

que le admiran y le inflaman:
 con él no hay medio: á su lado
 no se disimula nada; y
 y merece su desprecio,
 sino vive á la Espartana
 el que le quiere tratar.

D. FERMIN.

¿Y qué consecuencia sacas
 de toda esa relacion
 de méritos?

D. CARLOS.

Una y clara.

Que quien no conoce el mundo
 sino por libros, quien trata
 de encontrar en cada hombre
 un Caton, mucho se engaña
 á sí mismo, y mil pesares
 para los demas prepara.
 La perfeccion está lejos
 de nosotros por desgracia;
 y el que se juzga perfecto,
 mal podrá sufrir las trabas
 que el lazo social impone,
 ni tolerar con cachaza
 de una muger los caprichos,
 de un amigo la inconstancia,
 de un hijo los devaneos,
 ó de un suegro la acendrada
 impertinencia.

D. FERMIN.

Pues, mira,
 pienso que esos alpargatas
 que dices, no dejarían
 de tener una manada
 de chiquillos, como tiene
 cualquiera que ahora se casa;
 y no ostante...

D. CARLOS.

Es que la historia
 nos recuerda las hazañas;
 pero no las peloterías,
 que dentro de puertas pasan.
 Tomasa, señor, es viva,
 y en Madrid acostumbrada
 al buen trato y diversiones,
 no me parece muy árdua
 empresa pronosticar
 que no será afortunada,
 teniendo siempre á su lado
 un Censor, que la eche en cara
 hasta lo mismo que forma
 la existencia de una dama.
 Tal es mi opinion. Vmd.
 hacer podrá de su capa
 un sayo, nada me importa,
 pues cumplí con la sagrada
 obligacion que tenia.

D. FERMIN.

Señor D. Pedro de mi alma,
¿no es verdad que cuanto dice
este mozo es una sarta
de desatinos?

D. PEDRO.

No tal.
Las reflexiones que acaba
de manifestar D. Carlos
antes bien son muy sensatas.

D. FERMIN.

¿Qué dice vmd?

D. PEDRO.

Lo que digo:
que no arriendo la ganancia
á Tomasita, si el novio
es tal cual nos le retrata
su hermano.

D. CARLOS.

Nada pondero.

D. PEDRO.

¿Y á Tomasita le agrada
ese caracter adusto? á D. Fermin.

D. FERMIN.

No lo sé; pero apostara

á que sí; pues ella y todas
lo que quieren es casaca.

D. PEDRO.

¿Se conocen?

D. FERMIN.

No se han visto
jamás.

D. PEDRO.

Y la repugnancia
de su hermano ¿no la asusta?

D. FERMIN.

Como está bien educada,
nunca tuvo voluntad
propia.

D. PEDRO.

¿O á manifestarla
no se atrevió nunca? Amigo,
vamos claros: la muchacha
puede que felice sea;
pero boda cimentada
sobre bases tan endebles,
promete cortas ventajas.

D. FERMIN.

Pero señor, ¿qué remedio
tiene el asunto? Avisada

ya la parentela, escrito
al tio sumiller, las galas
compradas, y en casa..... vamos,
no es posible. Campanada
igual ni un negro la diera.

D. PEDRO.

Tampoco se desbarata
con esa facilidad
un lazo, en que interesadas
estan dos nobles familias.
Asi, pues, yo aconsejara
se ensayase solamente
un medio.....

D. FERMIN.

¿Alguna demanda
ante el Vicario?

D. PEDRO.

No es eso.

D. FERMIN.

Pues lo que es ir á la sala
no me atrevo: lo confieso.
Tengo mi casa atrasada
de tal modo con la guerra....
luego, ya vé vmd. las cargas
que se pagan, el granizo
que sufrimos por Marzo.

D. PEDRO:

Anda!

ya escampa y llueven guijarros.
No, D. Fermin, ne se zanja
tamañas dificultades
con pleitos, y aquel que trata
de componer un asunto
de familia sin jaranas
ni ruidos, nunca conviene
que empieze rompiendo lanzas.

D. FERMIN.

Pues eso quise decir.

D. PEDRO.

Ahora bien, yo me inclinara
á que inventásemos juntos
un buen ardid, que de chianza
tuviese el nombre, y que fuese
una leccion que enseñara
á ese filósofo grave,
que todos á igual distancia
están de la perfeccion,
y qué.....

D. FERMIN.

Ya estoy. Vmd. trata
de que cayga de su burro,
¿no es verdad?

D. PEDRO.

Pues.

D. FERMIN.

Y de que abra
los ojos, y reconozca
que él es de la misma pasta
que su padre y que su madre,
¿no es así?

D. PEDRO.

Cabal.

D. FERMIN.

Pues basta,
corre de mi cuenta.

D. PEDRO.

¿Cómo?

D. FERMIN.

Lo dicho, dicho. Mañana
estará mas blando el hombre
que una breba.

D. PEDRO.

Pero.....

D. FERMIN.

Nada:

fiese viud. en mí. Se hará,
y viud. me dará las gracias.

D. PEDRO.

Pero, en fin, sepamos cómo.

D. FERMIN.

Mañana al romper el alva
tomo la mula, y me voy
al convento de las Claras.
Conozco alli al Capellan,
que es un piquito de plata,
todo un hombre, que estuvo
consultado por la Cámara
para una racion en Ceuta;
y á saber donde se hallára
en el dia, si el no la hubiera
renunciado; pero, vaya,
lo que el dice: vale mas
servir con mucha eficacia
mediã docela de madres,
que agradecen y que pagan,
que no meterse en cabildos.

D. PEDRO.
Al grano por Dios.

D. FERMIN.

Cachaza,
que nõ seré muy difuso.
Digo, que mi confianza

entera la deposito
 en la prudencia, en la lábia
 de este docto Sacerdote ;
 que lo traeremos á casa ,
 y en dos ó tres encerronas
 le pondrá como una malva.

D. PEDRO.

¡ Ay , D. Fermin ! y cuán poco
 conoce vmd. nuestra humana
 flaqueza ! vmd. se figura
 que se curan con palabras
 los ridiculos, los vicios
 que la educacion arraiga
 en nosotros ? Vmd. piensa
 que una obra cimentada
 por el tiempo y la costumbre,
 se destruye ó desbarata
 con retóricos discursos ?
 Pues no , amigo , vmd. se engaña.
 El hombre es tan material,
 que para que se persuada
 de un error , es fuerza que antes
 se enteren y satisfagan
 los sentidos ; que lo toque ,
 que lo vea , que la acerada
 espuela del desengaño
 sienta , y sufra.....

D. FERMIN.

Con qué ; nada

aprovecha un buen talento?

D. PEDRO.

¿Quién dice que no? El acaba la conversion, apreciando las ventajas que se ganan, y los riesgos que se evitan.

D. CARLOS.

Es el cachetero.

D. FERMIN,

Calla.

D. PEDRO.

Ejemplos y no sermones es mi receta.

D. FERMIN.

Pues caigan mas ejemplos sobre el novio, que pelos quiere una calva, y amigos tiene un ministro.

D. PEDRO.

¿Con que vnds. me dan amplias facultades?

D. FERMIN.

Si señor.

D. PEDRO.

Pues , amigos , oid mi traza ,
 La escalera de la vida
 está con jabon untada ,
 y el que baja mas confiado ,
 si se descuida , resbala ,
 y da con su cuerpo en tierra ,
 como los demas : se trata ,
 me parece , de que el novio
 dé tambien su costalada ,
 para que luego no riña
 á los que en el suelo se hallan .
 Pues bien , pongamos chinitas
 de trecho en trecho ; y si baja
 él tropezará .

D. FERMIN.

Asi sea ;
 pero temo que la trampa
 llegue á conocer , la evite ,
 y despues á carcajadas
 se burle y mofe de todos .

D. PEDRO.

No tal , que nadie se escapa
 sin su chichon en la frente
 al menos .

D. FERMIN.

¿ Y si pesada

le pareciese la burla,
y se picase?

D. PEDRO.

Si alcanza
la medicina, no importa
que nuestro enfermo al tragarla
se queje un poco; que luego
sano, nos dará las gracias;
y sino alcanza, tampoco
importa un pito; pues clara
prueba será que su mal
no tiene cura.

D. FERMIN.

Pues nada
nos detenga.

D. PEDRO.

Principiemos
por decirle, que Tomasa
no está en casa; y el papel
de una joven desgraciada
y sensible podrá entonces
representar la muchacha.

D. FERMIN.

¿Con qué fin?

D. PEDRO.

Yo lo diré

SCENA IV.

COLASA Y DICHOS.

COLASA.

Señor, señor?

D. FERMIN.

¡Que embajada
será esta!

COLASA.

¡Toma! Que llegan
ya.

D. FERMIN.

¡Ay Dios!

COLASA.

Ya estan en la plaza.

D. FERMIN.

Pronto, pronto, la peluca,
dadme los guantes, la caña
y el sombrero.

D. PEDRO.

¿Para qué?

D. FERMIN.

¿No es fuerza, pues, que yo salga á recibirle?

D. PEDRO.

Antes no.

Si hemos de efectuar la farsa proyectada, deberemos primero sus circunstancias comprender, y repartir los papeles.

D. FERMIN.

¿Dónde?

D. PEDRO.

¡Braba dificultad! En cualquiera parte, aunque sea en la cuadra: el caso es que nos juntemos.

COLASA.

(Intendenta, comisaria,) á D. Fermin.

¿no oye vmd. cómo vocea el mayoral?

D. FERMIN.

La sala á D. Pedro.
que ocupaba el alojado,
será buena?

D. PEDRO.

Soberana,
vamos á ella.

COLASA.

¿Y yo que digo
si se me pregunta?

D. FERMIN.

Nada ;
que las mugeres no dicen
poco cuando estan calladas.

COLASA.

¿Y he de callar siempre ?

D. FERMIN.

Siempre.

D. PEDRO.

Vamos.

D. CARLOS.

Presto.

COLASA.

A la ventana
me vuelvo, que quiero ver
si aprisa ó despacio baja,
si entra con el pie derecho,

si estornuda ó si se rasca ;
 pues son dignas de notarse
 las menores circunstancias
 en un hombre tan valiente,
 como el guapo que se casa.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

COLASA.

Al arma , pues , que tenemos
 nuestro moro ya en campaña,
 y su porte y su presencia
 son , á la verdad , gallardas ;
 pero á mi ¿ qué se me dá ?
 ¡ Por cierto que es de importancia
 el papel que se me ha dado !
 ¡ Que insulsez ! ¡ Ay ! si me enfadan,
 les he de pedir á gritos
 me pongan una mordaza ;
 porque sino..... ¡ qué se yo !
 mala es la fruta vedada

para las hijas de Adan ,
 y á fe que hay muchas manzanas.
 ¡ Callar yo ! Si sueño á gritos ,
 cómo dispierta..... ¡ que rabia !
 porque charlar me dejasen ,
 les diera ahora mi soldada
 de este mes. Luego este novio
 es fuerza traiga una gana
 de conversacion..... cual todos.
 Querrá hacerme la confianza
 de su pasion , los temores
 que le asustan , la esperanza
 que le anima , sus deseos ,
 sus sacrificios , sus ansias ,
 con toda la letania
 que rezan los que se casan ,
 sin conocer del oficio
 las quiebras..... y yo ¿ una estatua
 estaré sin responderle ,
 ni tomar si me regala ?
 No haré tal por vida mia.
 Ya suben : vamos , Colasa ,
 ojo alerta , y no digamos
 nada que un comino valga ,
 y pueda comprometer ;
 pero sí , medias palabras ,
 y aun enteras , siempre que
 sean palabras cortesananas ;
 pues dicen son muy lucidas ,
 y de muy poca sustancia .

SCENA II.

*D. SEVERO, GASPAS Y DICHA.**D. SEVERO.*

Lodicho, dicho, Gaspar. *á Gaspar.*
Niña ¿es vmd. de la casa? *á Colasa.*

COLASA.

Si señor, soy la doncella
que hay en ella.

D. SEVERO.

Pues bien, haga
vmd., si gusta, el favor
de anunciarle mi llegada.

COLASA.

¿A quien?

D. SEVERO.

A su amo de vmd.

COLASA.

¿No mas?

D. SEVERO.

¿Y qué mas?

*COLASA.*No gasta *ap.*

el hombre mucha saliva.

Si las señas no me eñgañan,
no me costará ya tanto
callar, como imaginaba.

SCENA III.

D. SEVERO Y GASPAS.

D. SEVERO.

Y bien, ¿ por qué te detienes?

GASPAR.

Señor, por santa Susana
bendita, vmd. reflexione,
que yo..... si.....

D. SEVERO.

En vano te cansas :
toma tu maleta y busca
otro amo.

GASPAR.

Pero.....

D. SEVERO.

Escusadas,
para genios como el mio,
son todas esas plegarias.

Marcha.

GASPAR.

Diez años comí
pan de vmd. y asi se pagan.....

D. SEVERO.

Nada te debo.

GASPAR.

Cariño.

D. SEVERO.

El que sirve mal, poco ama
al dueño que le mantiene.

GASPAR.

En fin, Señor, una falta
solo en diez años merece
que vmd. me eche de su casa?

D. SEVERO.

Quien hace un cesto, hace ciento.

GASPAR.

¿Y que hice yo para tanta
crueldad?

D. SEVERO.

Una vagatela,
á la primera jornada

volvete y dejarme solo
sin avisarme.

GASPAR.

La causa
la sabe usted.

D. SEVERO.

Y es muy justa:
¡Que! Dejarme en la estacada,
por una muger.....

GASPAR.

No hay tal,
y yo no soy tan batata,
que por mugeres faltase
á mi obligacion.

D. SEVERO.

Repara
en que me dijiste anoche
lo contrario.

GASPAR.

¿Yo?

D. SEVERO.

Tú.

GASPAR.

Flac&

memoria tiene vmd.

D. SEVERO.

¡Cómo!
¿Con que no fue por Olalla,
la chica del Sacamuélas
por quien volviste?

GASPAR.

¡Caramba!
¿Pude acaso, despedirme
antes de ella?

D. SEVERO.

¡Habrá tal mandria!
¿Con que fue por ella?

GASPAR.

Si.

D. SEVERO.

¿Y Olalla no tiene faldas?

GASPAR.

Si tiene; pero es mi novia,
y hay muchísima distancia
de una cosa á otra

D. SEVERO.

¡Por vida!

Ya mi paciencia se acaba.
 ¿No es lo mismo una muger
 que una novia?

GASPAR.

Vaya, vaya
 con que es lo mismo?

D. SEVERO.

Si tal.

GASPAR.

¿Y se aman lo mismo?

D. SEVERO.

¡Vanas
 sutilezas! Salte afuera.

GASPAR.

¿Y se aman lo mismo?

D. SEVERO.

¡Marcha,
 te digo.

GASPAR.

¿A que no responde?
 ¡Oh razón, lo que tu alcanzas!
 pues reduces al silencio
 á los mismos que nos pagan?
 però por si acaso, voy

á implorar con eficacia
 el favor de D. Fermin:
 que tal vez podrán mis lágrimas
 enternecerle: él es suegro,
 pero es hombre y tiene entrañas.

SCENA IV. (1).

D. SEVERO solo.

D. SEVERO.

Bueno fuera pese á tal
 que así al deber se faltase,
 y uno luego se escudase
 con la causa de su mal:
 no, señor, el criminal
 cuando alhaga su cadena,
 á sí mismo se condena,
 y pues nó tiene disculpa,
 ya que cometió la culpa,
 que sufra también la pena.
 El alazán corredor
 halla incómoda barrera
 que le corta su carrera,
 que inutiliza su ardor:
 brama al verla de furor,
 tasca el freno, su atrevida
 mano hiere la endurecida

(1) *Toda esta scena se suprimió
 en la representacion, por parecer de-
 masiado larga la comedia.*

tierra ; pero él se detiene ,
y su ginete previene ,
por si acaso espuela y brida .
Asimismo la pasión
tambien encuentra barreras ,
que establecieron severas
ya le lei , ya la razon ;
que una vez á la opinion
ó al capricho se permita
despreciar lo que limita
nuestro humano desenfreno ,
y si hallasen hombre bueno
pueden ponerle en su ermita .
La indulgencia es flojedad ,
la tolerancia simpleza ,
que indican mucha torpeza ,
ó mucha necesidad .
Yo lo digo con verdad ,
compadezco al desgraciado ;
pero si encuentro un culpado
por criminal ó por necio ,
le doi solo mi desprecio ,
y sale mui bien librado .

SCENA V.

D. CARLOS. Y DICHO.

D. CARLOS.

¡Severo!

D. SEVERO.

¡Carlos!

D. CARLOS.

¡Por vida
de sanes! abraza, abraza.

¿Cómo estas?

D. SEVERO.

Como quien viene
á realizar la esperanza
de su dicha. ¿Y tu?

D. CARLOS.

Mas gordo
que un necio.

D. SEVERO.

¿Y tu buen padre?

D. CARLOS.

Anda

con el cachican á vueltas:
ya vendrá. Que ¿por Tomasa

no me preguntas? Mui tibio
traes el cariño.

D. SEVERO.

Esperaba,
si te he de decir verdad,
que su vista me escusara
tal pregunta.

D. CARLOS.

Pues no, amigo,
porque la pobre muchacha
no puede estar en dos partes.

D. SEVERO.

¿Cómo?

D. CARLOS.

Desde la semana
pasada está en el convento
donde niña se educara.
Quiso hacer una novena
á santa Rita de Cásia,
y fue fuerza darla gusto.

D. SEVERO.

¿Y qué le pide á esa santa
abogada de imposibles?

D. CARLOS.

¿Qué se yo? Pero apostara
á que pide un buen marido;

que una muger no repara
en gollerias.

D. SEVERO.

Segun veo,
tú siempre el mismo humor gastas,
y á fé que bien te lo envidio.

D. CARLOS.

¿Qué se ha de hacer? No se saca
otra cosa de esta vida.

Para eso el tuyo no cambia,
siempre serio y circunspecto.

¿No es verdad?

D. SEVERO.

Si es que tú llamas
seriedad á no gustar
de juveniles borrascas,
ni de locos devaneos,
verdad es.

D. CARLOS.

Hombre, ¡qué guapa
pareja hicieras con Flora!

D. SEVERO.

¿Con quién?

D. CARLOS.

Con Flora.

D. SEVERO. Y esa dama
¿quién es?

D. CARLOS.

Mi novia.

D. SEVERO.

¿Tu novia?

D. CARLOS.

La misma: pues que, mi hermana
sola ha de ser quien se case?

D. SEVERO.

No por cierto, y si lograras
buena elección, bien hicieras.

D. CARLOS.

¡Oh! lo que es eso estremada,
pues la joven es preciosa.
No merezco descalzarla,
ya ves, y no soi del todo
mal pellejo.

D. SEVERO.

Tu la ensalzas
sobremanera.

D. CARLOS.

Es justicia.

Lo que es de la Iglesia al papa,
y no mas. En fin, tú pronto
podrás, si quieres, juzgarla,
que no está lejos.

D. SEVERO.

¿Pues dónde?

D. CARLOS.

La tienes dentro de casa.
Si es parienta nuestra, y tuya
lo será luego.

D. SEVERO.

Ignoraba
que tal parienta tuvieses.

D. CARLOS.

¡Jesus! Pues la fecha es rancia.
¿No te acuerdas de mi tío
D. Sempronio de Peralta,
que siendo oidor de Sevilla,
pasó luego á la otra banda,
y allí murió?

D. SEVERO.

No me acuerdo
de tal D. Sempronio.

D. CARLOS.

¡Vaya!

¿Con que no te acuerdas?

D. SEVERO.

No.

D. CARLOS.

Lo siento.

D. SEVERO.

Haces muy mal.

D. CARLOS.

¡Lástima
como ella!.... morirse el pobre
apenas pasó la charca,
y antes de hacer pacofilla,
dejando solo á su amada
Florita por dote un loro,
un coco vacío, dos cajas
de azúcar, cien apellidos,
y muchos miles de trampas.

D. SEVERO.

Rica herencia de un indiano!

D. CARLOS.

Pero padre que idolatra,
como buen navarro, á todos
sus parientes, pronto á casa
la trajo, donde dispuso
casarme con ella, y trata

de que mi boda y la tuya
se celebren juntas.

D. SEVERO.

¡Cuánta
no debe ser tu alegría,
oh Carlos, con la fundada
esperanza de que pronto
harás feliz á tu amada!
Ella, sin duda, te quiere
y congenia, y....

D. CARLOS.

Tú desbarras.
Ni ella me quiere, ni es fácil
el hallar en media España
dos genios mas encontrados
que los nuestros.

D. SEVERO.

¿Y te casas?

D. CARLOS.

Sí.

D. SEVERO.

Pero ¿tienes certeza
que no te quiere?

D. CARLOS.

En mis barbas

ella misma me lo ha dicho.

D. SEVERO.

¿Y te casas?

D. CARLOS.

Sí.

D. SEVERO.

¡Caramba,
y qué valor!

D. CARLOS.

Si ha de ser,
lo mismo es hoy que mañana.
Padre exige que me case,
yo no tengo repugnancia
al estado....

D. SEVERO.

Ya lo veo.

D. CARLOS.

Ademas, he visto tantas
que me juraban cariño,
y entonces me la pegaban,
que ¿quién sabe si mi Flora
tendrá, al fin, la extravagancia
de adorarme? Ella es muger
y yo soi hombre.

D. SEVERO.

Mil gracias
por la noticia.

D. CARLOS.

Pues mira,
en estas dos circunstancias,
y con la ayuda del tiempo
fundo toda mi esperanza.
La posesion y el amor
riñen pronto, se separan,
y cuando mas, la amistad
suele ser quien la reemplaza.
Así, supuesto que todos
tarde ó temprano se igualan,
es fuerza que me concedas
llevo á todos la ventaja
de empezar por donde siempre
ellos concluyen.

D. SEVERO.

¡Qué ganga!

D. CARLOS.

Yo me caso como juego:
pienso perder cuantas cartas
apunto, las pierdo, ¡bueno!
otra cosa no esperaba.
Pero si se dan los sietes
me trago banquero y banca;

que solo soi jugador
de bonitas, y quien gana
con ellas, gana dos veces
si logra provecho y fama.

D. SEVERO.

Si tal concepto tuviese
del bello sexo, me ahorcaba
primero que me casase.
Qué, ¿yo mismo arriesgara
al capricho de un buen dado
mi dicha, la de mi casa,
la de mis hijos... ¡Oh! nunca,
nunca jamas me casara
si tal creyese. Yo busco
para mi esposa en tu hermana
una muger cariñosa,
amable, fiel, moderada;
una madre de familias
en el cumplimiento exacta
de los inmensos deberes
de su estado, una apreciada
amiga, cuyo consejo
me dirija, y cuya sana
doctrina pueda servirme
de norte; por fin, un ama
de casa, que cuidadosa
sepa dar á tanta máquina
el impulso conveniente.
Esto busco.

D. CARLOS.
Dime, ¿y si hallas
en vez del melon que buscas
una insulsa calabaza,
qué tal?

D. SEVERO.

Se indigestaria.

D. CARLOS.

Pues por si fuesen mal dadas
compra jarave de altea,
y tenlo á mano.

D. SEVERO.

¡Qué gracia!

D. CARLOS.

Segun eso, tú no apruebas
mi eleccion?

D. SEVERO.

¿Quién? ¿yo aprobarla?
ni por pienso.

D. CARLOS.

Pues, Severo,
si supieras lo que falta....

D. SEVERO.

Pero hombre ¿qué faltar puede?

D. CARLOS.

No es tampoco una cosaza
del otro jueves: simplezas,
ó si tú quieres niñadas
de mi novia.

D. SEVERO.

Y bien, tu novia....

D. CARLOS.

Mi novia está enamorada.

D. SEVERO.

¿De tí?

D. CARLOS.

No por cierto.

D. SEVERO.

Alabe
la frescura.

D. CARLOS.

¿Importa nada?

D. SEVERO.

Nada, pues tú te conformas.

D. CARLOS.

¿Y quieres que me asustara

de una simple niñería?
No por cierto. Flora estaba
por san Fermin en Pamplona...

D. SEVERO.

¿Este año?

D. CARLOS.

Sí, este año.

D. SEVERO.

¡Calla!

Y yo tambien: sigue, sigue.

D. CARLOS.

Alli en la calle, en la plaza
de toros, ó en el paseo,
(no sé bien donde se hallaba)
pero lo cierto es que vió
un hombre, cuya bizarra
presencia, cuya finura
y porté la enamorara.

Desde entonces tan galani
Belianis no se separa
ni un instante de su idea,
y le ha jurado constancia
eterna, bien que mental,
y un si es ó no es temeraria,
porque ni sabe su nombre,
ni su estado, ni su estancia,
ni su genio, ni siquiera

si él echó de ver la llama
 amorosa que encendió
 su simple vista en mi amada.

D. SEVERO.

¡Estraño caso!

D. CARLOS.

Antes no:
 sino le habló una palabra
 en su vida, cómo diablos
 puede saberlo?

D. SEVERO.

Me pasma
 semejante idolatria.

D. CARLOS.

Y ahora bien, ¿es cosa estraña
 no tema yo tal rival?

D. SEVERO.

No es temible, mas repara
 que este hecho, sin embargo,
 siempre indica que exaltada
 y novelesca tu Flora
 es un poco estrafalaria,
 ¿En qué cabeza, di Carlos,
 que esté un poco organizada
 puede haber tal amor?

D. CARLOS.

En la de mi Flora se halla:

¡ha leído tanta novela!...

D. SEVERO.

¡Malo!

D. CARLOS.

¡Ah! no: me equivocaba.

Nunca gustó de novelas;

pero es mui aficionada

á los librotos de historia.

D. SEVERO.

Eso es distinto.

D. CARLOS.

Se pasa

las noches de claro en claro

leyendo á nuestro Mariana,

quando no son los anales

de Tácito ó la Farsalia.

D. SEVERO.

¡Ola! Pues sabrá latin?

D. CARLOS.

¿Latin?

D. SEVERO.

Pues.

D. CARLOS.

Si sabrá, vaya,
al menos el que sabían
las madres de santa Clara
cuando estuvo en su convento.

D. SEVERO.

¿Luego estuvo con Tomasa?

D. CARLOS.

Precisamente. Si son
uña y carne.

D. FERMIN.

Carlos? *desde adentro.*

D. CARLOS.

¡Gracias *aparte.*
á Dios, que ya no podia
mentir mas! Mi padre llama,
y es fuerza ver lo que ordena:
mas ya sale.

SCENA VI.

D. FERMIN, D. PEDRO

Y DICHOS.

D. SEVERO.

Ya tardaba á mi impaciencia, señor, la hora tan afortunada de estrecharos en mis brazos.

D. FERMIN.

Apriete vmd. buena alhaja, que bien tiene que apretar, si á fuerza de brazos trata de pagarme mi cuidado. ¿Es hoy lunes?

D. SEVERO.

Mi tardanza fuera, en verdad reprehensible, á no ser involuntaria.

D. FERMIN.

Ya es vmd. buen perillan. Anoche eran las diez dadas, y espera que espera; sí, no eran malas esperanzas.

El guisado se pegó,
 y no es extraño, que estaba
 cociendo desde las cinco:
 hasta la maldita gata,
 por entretener el hambre,
 afianzó un capon, que daba
 envidia: no hubo remedio,
 todo lo llevó la trampa;
 y gracias á las gallinas,
 y á que jamas huevos faltan
 en casa, porque sino
 la cena fuera ensalada
 mui fresca y mui picadita,
 pero de endeble sustancia
 para estómagos navarros.

D. SEVERO.

¡Cuánto me pesa....!

D. FERMIN.

Desgracias
 como las de anoche, nunca,
 nunca se vieron en casa.
 La criada medio dormida
 se cayó de la colada
 en la caldera, y allí estuvo
 un cuarto de hora.

D. SEVERO.

¡Muchacha
 infeliz! Se coceria.

D. FERMIN.

No, porque estaba sin agua
casualmente, mas con todo
se tizó manos y cara.

D. CARLOS.

Y el susto tambien se cuenta.

D. PEDRO.

Si en ello vmd. no se enfada
dejarlo para otro dia,
y sepamos por qué causa
este caballero pudo
detenerse.

D. SEVERO.

Fueron faltas
de un criado, que no merecen
vuestra atencion.

D. FERMIN.

¡Calla, calla!

Olvidado se me habia:
¡pobre Gaspar! con la zambra
de anoche está mi cabeza
como una cesta de ranas.

D. SEVERO.

¿Conoce vmd. á Gaspar?

D. FERMIN.

El pobre cuitado acaba de hablar conmigo.

D. SEVERO.

¿Y ha tenido la osadia...?

D. FERMIN.

¿Es menester tanta cuando se pide perdon? Vaya, que vuelva á tu gracia, y pelitos á la mar.

D. SEVERO.

Yo quisiera que empleara vmd. mejor mi obediencia.

D. FERMIN.

Si le he dado mi palabra ¿no es fuerza que se la cumpla?

D. SEVERO.

Repare vmd...

D. FERMIN.

No repara en nada mi caridad. Si al caido no se levanta, solo porque tropezar

nó ha debido, ¿quién pasára,
por las calles?

D. SEVERO.

Yo no soi
de ese parecer. El que anda,
debe saber como pisa,
y si tropieza, que caiga
enhorabuena; pues torpe
el equilibrio no guarda.

D. FERMIN.

¿Y nó le he de dar la mano?

D. SEVERO.

No, señor, que si trabaja
por levantarse; si suda
por lograrlo; si se afana;
esta fatiga, este empeño
dejan recuerdos que bastan
muchas veces para que
pueda evitar otras faltas
iguales; mas si al contrario
se le ayuda, y se le alhaga,
lo toma por chiste, y cae
diez veces cada semana.

D. FERMIN.

Nunca entendí semejantes
filosofías. La cristiana
religion de mis abuelos,

que ayude al caído me manda
y no mas. ¿Es cierto?

D. PEDRO.

Cierto.

*La lei castiga las faltas,
Y el hombre las compadece.*

D. FERMIN.

Por supuesto.

D. SEVERO.

¡Qué ignorancia! *aparte.*

D. FERMIN.

Asi, pues, con tu permiso
me marchó á que Gaspar salga
de dudas.

D. SEVERO.

Perdone vmd.:
mi conducta es arreglada
á mis principios. Jamas
me separo de la raya
del deber; y por lo tanto
Gaspar saldrá de mi casa.

D. FERMIN.

¿Esto dices?

D. SEVERO.

Esto digo.

D. FERMIN.

Pues amigo, quien desaira
antes de casarse al suegro,
casado lo descalabra
cuando menos, y en verdad
que esta entrada de pavana
me gusta mui poco.

SCENA VII.

DOÑA TOMASA Y DICHOS.

DOÑA TOMASA.

Tio,
¿ se echa vinagre á la salsa
del pato? ¡ Ay, Jesus mil veces!

D. CARLOS.

¿ Que te asusta?

D. FERMIN.

Alguna rata,
sin duda, que se pasea,
segun costumbre.

DOÑA TOMASA.

¿ Me engaña

el deseo? ¿Sois vos señor? *á D. Sev.*

D. SEVERO.

Y yo ¿qué soy?

DOÑA TOMASA.

Nada, nada.

Perdonad: mi fantasia,
si... cuando... ¡el cielo me valga!

D. FERMIN.

Desmayóse.

D. PEDRO.

Sostenedla.

D. SEVERO.

No sé lo que por mi pasa. *aparte.*

D. FERMIN.

D. Severo, ¿que es aquesto?

D. SEVERO.

Yo ¿que sé?

D. FERMIN.

Si habrá entruchada

D. PEDRO.

Un poco de ether seria

muy bueno.

D. CARLOS.

No tal, echadla
agua fresca solamente.

D. FERMIN.

Sí, que despues calaguála
la daremos para el susto
que D. Severo la causa.

D. SEVERO.

Pero ¿en que asustarla puedo?

D. PEDRO.

Ya vuelve en sí.

D. CARLOS.

Albricias, alma.

D. FERMIN.

Hija mia, digo, sobrina,
responde por Dios... Palabra. á D. Pe.
¿Como se llama hoy la chica? dro ap.

D. PEDRO.

Flora.

D. FERMIN.

¡Ah! sí: Flora, muchacha,
vuelve en tí.

DOÑA TOMASA.

¡Ai Dios!

D. FERMIN.

D. Severo,

si Flora en vmd. repara
quizá vuelva á desmayarse:
háganos vmd. la gracia
de separarse un poquito,
un poco mas... á la espalda
de nuestro alcalde.

D. SEVERO.

Paciencia. *ap.*

y veamos en lo que para.

DOÑA TOMASA.

¿Dónde estoy?

D. CARLOS.

En el estrado.

DOÑA TOMASA.

¿Quién son, pues, estas fantasmas
que me rodean?

D. CARLOS.

Son tu tío,
un primo que te idolatra,
con el alcalde mayor;

y en fin, nuestro don...

D. FERMIN.

¡Caramba!
¿que es lo que vas á decir?

D. CARLOS.

Es verdad.

D. FERMIN.

¿Quieres matarla?

D. SEVERO.

Pues, señor, estamos frescos: *ap.*
no hai duda que es de una estraña
brillantez el papelito
que represento en la casa.

DOÑA TOMASA.

Permitid que me retire.

D. PEDRO.

Sí, es mejor: Carlos llevadla,
conducid á vuestra prima.

D. FERMIN.

Que se eche sobre la cama,
sino quiere desnudarse.

D. PEDRO.

Cuidado con las ventanas

y las puertas.

D. CARLOS.

Vamos, prima.

D. PEDRO.

Cubridla bien con las mantas.

SCENA VIII.

D. SEVERO, D. FERMIN

Y D. PEDRO.

D. FERMIN.

¡Pobre Flora, pobre Flora,
tan jóven, tan desgraciada,
señor! cuidado que es obra.

D. PEDRO.

Sosegáos.

D. FERMIN.

Se me traspasa
el corazon siempre que
sucede.

D. SEVERO.

Pues ¿se desmaya
mui á menudo?

D. PEDRO.

Ademas, **Padece**
unos vapores....

D. FERMIN.

Mal hayan los vapores ! Nunca , nunca he conocido en mi infancia semejante enfermedad : entonces solo se usaban indigestiones , viruelas , golondrinos , almorranas , y otros males conocidos ; pero ahora todo es de estrangia : histérico , nervios , bilis , flato ardiente , y calabazas fritas , y Dios me perdone ; porque me lleva la trampa , notando que hasta el morir se ha de ser á uso de Francia.

D. PEDRO.

Es preciso seamos justos.
Una jóven educada , como se acostumbra hoi dia , es fuerza padezca varias dolencias desconocidas á sus madres , que ignoraban por necesidad sus nombres : verbigracia : una estremada

aficion á la lectura,
 muchas veces arrebatada
 el calor á la cabeza,
 y de ahí se siguen las bascas,
 las jaquecas, los vapores,
 y otros alifafes.

D. FERMIN.

¡Braba
 dificultad! ¿Pues hai mas
 que no leer?

D. PEDRO.

Señor ¿qué dama
 pudiera alternar entonces
 en cuestiones literarias,
 como hoy alternan?

D. FERMIN.

¿Qué importa?
 Mi madre, que de Dios haya,
 aunque no supo de letras,
 siempre estuvo embarazada
 ó parida; y esto es, amigo,
 lo que ser madre se llama.

D. PEDRO.

¿Y quien puede disputar
 á mi señora doña Ana
 lo que ganar así supo?

D. FERMIN.

Ademas, ¿qué fruto sacan
con todas esas lecturas?

D. SEVERO.

Poco ó nada, si son malas:
si son buenas y escogidas
mucho; pues hallarán sana
doctrina, máximas puras,
egemplos, modelos, sábias
instrucciones....

D. FERMIN.

Y tambien
embelecos y patrañas.

D. SEVERO.

Con qué ¿no hallará una jóven,
si lee la historia romana,
que aprender en la firmeza
de una Porcia, en la constancia
de una Lucrecia?

D. FERMIN.

Hombre, á luengas
tierras las mentiras largas.
Esas Porcias y Lucrecias,
si de cerca se miraran,
se vieran, ni mas ni menos,
como se ven hoy las Juanas,

las Pepas y las Franciscas.
 En todo tiempo hubo gaitas,
 Severo, y no nos cansemos.

D. SEVERO.

Eso es ya negar....

D. FERMIN.

Yo nada
 niego; mas sí dudo.

D. SEVERO.

Pero....

SCENA IX.

COLASA Y DICHOS.

COLASA.

La cena.

D. FERMIN.

¡Santa palabra!
 ¿Y Flora?

COLASA.

Cena en su cuarto.

D. FERMIN.

¿Y Carlos?

COLASA.

Está en la sala
de comer.

D. FERMIN.

Y diga vmd. á D. Sev.
¿doña Lucrecia cenaba?

D. SEVERO.

Es natural.

D. FERMIN.

Pues entonces,
cenemos todos, que tarda
á mi estómago este instante.

D. SEVERO.

¡Ai don Fermin! me olvidaba
de entregaros un dinero,
que me dieron en Tafalla
para vos.

D. FERMIN.

Ya me lo avisa
don Jaime: tiempo hai mañana.

D. SEVERO.

Aqui lo tengo yo en oro.

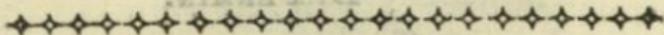
D. FERMIN.

Pues no quiero: ¡ai tal machaca!

vamos, vamos á cenar.

D. SEVERO.

Vamos pues, ¡cosa mas rara!
 ¿Por qué se habrá desmayado?
 No puedo dar con la causa.



ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

DOÑA TOMASA Y COLASA.

DOÑA TOMASA.

¡Qué larguísima es la cena!

COLASA.

Y ¿cuándo el tiempo no tarda
 para el hambriento que aguarda.

DOÑA TOMASA.

La consecuencia no es buena;
 pues tú sabes que he cenado.

COLASA.

Pero os queda el apetito
de que caiga en el garlito
ese novio desdichado.

DOÑA TOMASA.

Díme, Colasa, por Dios,
¿le encontrastes mui galan?
¿es bizarro?

COLASA.

¡Lindo afan!
ahora es galan para vos,
mas no sé lo que será
cuando os santifique el cura.

DOÑA TOMASA.

Gala que tan poco dura
mui mala espina me da.
Sin embargo, te confieso
que me ha parecido bien.

COLASA.

Si viene á casarse, quién
puede, Senora, hablar de eso?
pues los hombres mas tranquilos
son parecidos al paño,
y mientras no pasa un año
nunca descubren los hilos.

DOÑA TOMASA.

Lo mismo de una doncella
dirán con distintos modos.

COLASA.

Dicen que es Fenix , y todos
hablan bien sin conocella.

Solo un diestro cazador
la vé en sus redes cogida ;
mas no temais que en su vida
disminuya su valor ,
que aquel que suda y se afana
por coger una nuez verde ,
trabajo y mérito pierde ,
si confiesa que está vana.

Pero hablando de otra cosa ,
¿ qué esperáis , señora , aquí ?
¿ quereis serviros de mí ?

DOÑA TOMASA.

Antes no , siendo forzosa
necesidad que te alejes
luego que sintamos ruido ;
y si acaso es mi querido
Severo , sola me dejes.

COLASA.

¿ Teneis , pues , que hablar con él ?

DOÑA TOMASA.

Mucho tengo que decir.

COLASA.

¿Y qué?

DOÑA TOMASA.

Vóile á descubrir
un secreto.

COLASA.

Con qué infiel
hollando promesa y fe
vais á decir la verdad?

DOÑA TOMASA.

¡Jesus, y que necedad!

Quando me case lo haré;
porque antes mui mal hiciera,
y ninguno se casara
si una muger encontrara,
que la verdad le dijera.

Ahora esta conversación
solo á esforzar nuestro enredo
se dirige.

COLASA.

Tengo miedo
que como los hombres son
ladinos y redomados,
no descubra la maraña.

DOÑA TOMASA.

¡Ai Colasa! les engaña

su amor propio á los cuitados.
 Este sexo protector
 convierte todo en sustancia:
 no temo su vigilancia,
 temo mas bien su rencor:
 porque el orgullo ofendido
 perdona mui rara vez.

COLASA.

Marido con altivez
 no puede ser buen marido.

DOÑA TOMASA.

¿Y á quién tal cosa acomoda?
 Por eso y por mi sosiego
 tomo cartas en un juego
 en que arriesgo amor y boda.

COLASA.

No temais ya, que por vos
 con toditas las mugeres
 está amor.

DOÑA TOMASA.

¿Y entonces quieres
 que tema?

COLASA.

Señora, á Dios,
 pues siento abrir la mampara.

DOÑA TOMASA.

A Dios, pues, y el cielo quiera
que esta mentira primera
no se conozca en mi cara.

DOÑA TOMASA.

SCENA II.

DOÑA TOMASA sola.

DOÑA TOMASA.

Quiero sentarme y tomar
una postura elegante,
compañera de un semblante,
que demuestre mi pesar.
Apóyese la mequilla
en la mano; el pie pulido
descanse como al descuido
en el palo de esta silla.
Mis ojos lánguidos, bellos,
respiren amor y enojos,
y encubran tan tristes ojos
mis desgrenados cabellos.
¡Ai! si un espejo tuviera,
no era dudoso el efecto,
que un amigo tan perfecto
ni engañara ni mintiera;
mas si el destino cruel
me priva de tal consejo,
sea el interes mi espejo,

que otros se miran en él,
y les sale bien la cuenta.
¿Por qué no ha de ser así
con mi engaño? Ya está aquí:
quiera Dios no me arrepienta.

SCENA III.

D. SEVERO Y DICHA.

D. SEVERO.

Vaya, ¡y que pesados son!
tanto beber y brindar,
y despues vuelta á empezar
la eterna conversacion
del abuelo don Rodrigo,
y del tio don Sempronio:
parentela del demonio,
¿quereis acabar conmigo?
Yo pienso que hasta mañana
permanecen en la mesa
segun su ninguna priesa.
¡Buen provecho! A la ventana
me voi á tomar el fresco;
y á fé que lo necesito,
pues este vino maldito
de Peralta, es un refresco
singular para verano.
¡Si quema mas que la lumbre!
Como no tengo costumbre

de beber, y este inhumano
 suegro quiso que bebiese
 como ellos beben, á estajo,
 no estrañara que un trabajo
 esta noche sucediese.

DOÑA TOMASA.

¡ Ai Dios!

D. SEVERO.

Se quejan, suspiran:
 ¿ Quién, pues... mas, cielos ¡ qué veo!
 ¿ es ilusion del deseo
 la que mis ojos admiran?
 ¿ Sois vos, graciosa Florita?

DOÑA TOMASA.

Sí, señor, la misma soi.

D. SEVERO.

Mil gracias al cielo doi,
 pues tan bella os resucita.

DOÑA TOMASA.

¡ Lisonjas á mi, señor!
 Pienso que os equivocais.

D. SEVERO.

No sé por qué lo digais.

DOÑA TOMASA.

Dígolo, porque mejor

se emplearan en mi prima.

D. SEVERO.

¿En quien?

DOÑA TOMASA.

En doña Tomasa,
que aunque está fuera de casa,
y no os conoce os estima.

D. SEVERO.

El amar sin conocer,
no es facil de concebir,
porque si amar es sentir,
¿cómo se siente sin ver?

DOÑA TOMASA.

Gusta el veros de un humor
tan grato y tan placentero;
y sacar partido quiero.

D. SEVERO.

¿Cómo?

DOÑA TOMASA.

Pidiendo un favor,
que espero no me negueis.

D. SEVERO.

Disponed Florita hermosa,
de mi ser.

DOÑA TOMASA.

Es corta cosa:
 tan solo que me escucheis.
 Temo caballero,
 que os ha de cansar
 mi triste relato;
 pero pues que ya
 fui tan infelice
 que disimular
 no supe esta tarde,
 por Dios perdonad,
 y sabedlo todo,
 porque mi pesar
 ha llegado al punto
 en que es fuerza optar
 entre odio y desprecio;
 y en apuro tal,
 del odio prefiero
 experimentar
 la herida dudosa
 y no la mortal
 con que los desprecios
 natan sin chistar.
 Bien sé que mi tio,
 lleno de bondad,
 habrá disculpado
 á mi ceguedad.
 Tambien os diria,
 que una enfermedad
 es solo la causa

de todo mi mal.
 ¡ Donosa bobada
 de un viejo que ya
 olvidado tiene
 qué cosa es amar!
 ¡ Ay, no ha mucho tiempo
 que mi mocedad
 alegre ignoraba
 del ciego sagaz
 los fieros ardides,
 la impune maldad!
 Pensaba yo entonces
 que ni el bien ni el mal
 pudieran un día
 turbar mi horfandad:
 gozosa burlaba
 en mi oscuridad
 los títulos vanos,
 las honras que dan
 orgullo á los ricos,
 al triste pesar.
 ¡ Dichosa mil veces,
 si tanta humildad
 con tanta ventura
 pudiesen durar!
 mas no, que huyó luego
 mi felicidad,
 luego que la flecha
 senti del rapaz.
 ¡ Mal haya este instante
 para mi fatal!

pues perdí la dicha,
y hallé en su lugar
dudas, sinsabores,
envidia falaz,
y celos, y celos,
que son el dogal
que al enamorado
incomoda más.
Esta digresión,
señor, perdonad,
que una amante lengua
no sabe callar;
y vamos al caso.
Siete meses há
que estuve en la feria,
allá en la ciudad,
por la temporada
en que todos van
(los buenos navarros
digo) á celebrar
comiendo y bebiendo
la festividad
del santo Patrono.
Alli cuando mas
descuidada estaba,
vi cierto galan.
Ignoro quien sea,
que una principal
muger, por recato
no puede saciar,
como otras mugeres,

su curiosidad.
 Pero sea quien fuere,
 yo no puedo amar
 sino á aquel que supo
 con solo mirar
 fijar mi inconstante
 grata veleidad.
 Volvíme á la aldea,
 creyendo encontrar
 en ella el sosiego
 que huyó en la ciudad.
 ¡Insensata, cuánto
 me pude engañar!
 ¿Sosiego un amante?
 Mas facil es dar
 constancia á la suerte,
 límites al mar.
 Si al menos pudiera
 en la soledad
 del bosque sombrío
 quejarme y llorar:
 si no me inquietasen,
 no fuera yo tan
 desafortunada;
 pero por mi mal
 se empeña mi tío
 que me ha de casar
 con mi primo Carlos,
 á quien yo jamás
 podré hacerle dueño
 de una voluntad

que está enagenada,
 y es mala de dar.
 En vano les dije
 toda la verdad;
 en valde eché mano
 de la seriedad,
 del desden severo,
 del odio mortal,
 de cuantos afectos
 pueden demostrar
 mi acerbo disgusto,
 y su necedad.
 Todo ha sido en vano,
 y contrarestar
 la razon no puede
 á su terquedad.
 Mi boda y la vuestra
 se han de celebrar
 en un mismo dia.
 Yo no os digo mas.
 Si sois caballero,
 si sabeis amar,
 vuestra cortesía
 puede adivinar
 lo que yo no digo;
 y reflexionad
 que el que es bien nacido
 obra como tal,
 y en nada lo prueba
 mas que en respetar
 la flaca modestia.

D. Severo, obrad, no por lo que dije, si porque callar debí, y porque os toca á vos lo demas.

D. SEVERO.

Lo que ahora llevo á entender no se si deba dudar.

DOÑA TOMASA.

Será porque el desconfiar acompaña al merecer.

Mas no perdamos, señor, y nuestro tiempo en platicar, ¿puedo tranquila contar con vuestro auxilio y favor?

Al menos por compasion, ya que otra cosa no sea, á esta union que se desea, á esta aborrecida union ¿os opondreis?

D. SEVERO.

Sí, mi bien, ó quien soi no seré yo.

DOÑA TOMASA.

¿Y lo prometeis?

D. SEVERO.

¿Pues no?

DOÑA TOMASA.

¿Y lo jurareis tambien?

D. SEVERO.

Pongo al cielo por testigo,
y lo juro á vuestros pies.

SCENA IV.

D. CARLOS Y DICHOS.

D. CARLOS.

Pues el juramento es
mas de amante que de amigo.

DOÑA TOMASA.

Señor don Carlos, si en daño
tan vuestro escuchásteis necio,
agradeced un desprecio
que os produce un desengaño.
La lei castiga al sugeto
que robar lo ageno trata,
y el amor al que arrebatá
la posesion de un secreto.
Culpad vuestra necedad
que aqui tan mal os sirvió,
y no os quejeis porque yo
siempre os dije la verdad.
Aunque vos una corona

me pusiérais á los pies,
 no la admitiera, pues es
 vuestro amigo el de Pamplona.
 Y pues ya tuve el consuelo
 de ver lo que apetecia,
 voi á gozar mi alegría
 á solas. Guárdeos el cielo.

SCENA V.

D. SEVERO Y D. CARLOS.

D. CARLOS.

Hombre vil, mal caballero,
 falso amigo, humana fiera,
 engañoso cocodrilo,
 ó venenosa culebra
 que abrigó mi triste pecho;
 dí, vascongada pantera,
 por casualidad nacida
 entre los montes de Azpeitia...

D. SEVERO.

Carlos, calla, ¿estas borracho,
 ó has perdido la chaveta?
 No añadas mas disparates
 á tamañas desvergüenzas.
 Qué, para que yo responda
 á cuanto preguntar quieras,
 ¿necesitas echar mano

de esas palabras groseras,
 que solo mala crianza
 ó poca razon demuestran?
 ¿Qué quieres, pues, que te diga?

D. CARLOS.

Nada ya, porque tu lengua
 no puede decirme mas
 de lo que sé.

D. SEVERO.

Pues bien, cesa,
 cesa ya en tales injurias,
 y el partido que convenga
 mejor á tu situacion
 toma.

D. CARLOS.

Mi intencion es esa.
 Y pues el uso establece
 entre hombres de nuestras prendas,
 solo un medio de borrar
 todo género de ofensas,
 ese escojo.

D. SEVERO.

Dí cual es.

D. CARLOS.

Que conmigo al campo vengas.

D. SEVERO.

Pues ¿á qué?

D. CARLOS.

A satisfacerme.

D. SEVERO.

¿Cómo?

D. CARLOS.

Quedando uno en tierra.

D. SEVERO.

¡Bueno! Pero no sabia
que romperme la cabeza
podiera satisfacerte.

D. CARLOS.

¿Qué quieres? Asi lo ordena
el que llamamos honor.

D. SEVERO.

¿Qué derecho se reservan
entonces las santas leyes?

D. CARLOS.

En semejantes materias
la opinion y la costumbre
deciden.

D. SEVERO.

Pero el que piensa
con madurez, el que trata
de seguir siempre la senda
del deber y la virtud,
debe transigir con ellas.

D. CARLOS.

Si se complace en la infamia,
que transija enhorabuena.

D. SEVERO.

¿En la infamia?

D. CARLOS.

Pues, ¿y cómo
se puede llamar la bafa,
el desprecio, los baldones,
que á los prudentes esperan
en premio de su conducta?

D. SEVERO.

Les sobra con su conciencia.

D. CARLOS.

Mui bien defiendes tu causa.

D. SEVERO.

Es confesion ó indirecta?

D. CARLOS.

Como quieras entenderlo,
pero permite que crea
que ese tono magistral,
esa estudiada elocuencia
y una cierta timidez,
que á pesar tuyo se muestra,
dan á entender...

D. SEVERO.

¿Qué?

D. CARLOS.

Tan solo
que es más miedo que prudencia.

D. SEVERO.

¿Volvemos á los insultos?

D. CARLOS.

Al contrario: á mi me alegra
infinito que á tu Flora
se le ofrezca tan risueña
perspectiva. Un sempiterno
marido con la moderna
cualidad de no gustar
de lances ni de quimeras,
es un fortunon desecho.

D. SEVERO.

¿Callas?

D. CARLOS.

¿Hai toros de cuerda
en tu lugar? Si los hai
no asistas, porque se llevan
á veces sendos porrazos.

D. SEVERO.

Ya me falta la paciencia. *aparte.*

D. CARLOS.

Y siempre es mucho mejor
morir de gota serena.

D. SEVERO.

Hablador de Barrabas,
lo que buscas es pendencia,
y la tendras porque calles.

D. CARLOS.

¿Cuándo ha de ser?

D. SEVERO.

Cuando quieras.

D. CARLOS.

Pues ahora mismo.

D. SEVERO.

Ahora mismo.

D. CARLOS.

¿Tienes padrino?

D. SEVERO.

¿Tu sueñas?

¡Padrino! Pues ¿quién se casa,
ó se bautiza, ó se vela?

D. CARLOS.

El ceremonial exige
la indispensable presencia
de dos amigos, que juzguen
si ambos se matan en regla.

D. SEVERO.

Yo aquí no conozco á nadie.

D. CARLOS.

Muy bien, y pase por esta.

¿Vamos?

D. SEVERO.

Vamos.

D. CARLOS.

Oyes, baja
poco á poco la escalera,
que yo voy por las pistolas.

D. SEVERO.

Cuidado no te detengas.

Bueno es que un loco me obligue (*ap.
á hollar por la vez primera yéndose.*)
mis principios. ¡Qué remedio
tiene! Y ¿quién tiene paciencia!
para sufrir sin motivo
dicterios, insultos, befas
y provocaciones? Vaya,
ya no extraño que sucedan
dos mil lances cada día,
y que un hombre de prudencia
sin gustar de espadachines,
muchas veces lo parezca.

SCENA VI.

D. CARLOS, D. FERMIN, COLASA.

DOÑA TOMASA Y D. PEDRO.

D. CARLOS.

Señores, oid, escuchad
al rei de armas.

COLASA.

¿Qué me ordena?

D. FERMIN.

¿Qué quieres?

D. CARLOS.

Solo deciros

en dos palabras y media,
 que gracias á mis ardidés,
 y á su ninguna esperiencia,
 tenemos ya al señor mio
 cogido en la ratonera;
 que vamos desafiados,
 que las pistolas no llevan
 sino pólvora, que asi
 es probable que no muera
 ninguno, que arrepentidos
 de nuestra injusta pendencia,
 juraremos olvidarla;
 y yo lleno de terneza
 á mi Flora cederé,
 y mis derechos con ella;
 pero como siempre es bueno,
 que nada de esto lo sepan
 vmds. por disimulo,
 irá, que quiera ó no quiera,
 á pasar toda la noche
 al garito de la Pepa.
 El fastidio, la ocasion,
 y cierta condescendencia
 que se debe á los estraños,
 harán que juegue, y que pierda
 el poco ó mucho dinero
 que lléve en la faltriquera;
 y aburrido y descontento
 lo traeré cuando amanezca
 á que vmds. padres graves,
 pongan fin á la comedia.

SCENA VII.

D. FERMIN, D. PEDRO, COLASA
Y DOÑA TOMASA.

D. FERMIN.

Carlos, mira, escucha, aguarda.

COLASA.

Sí, llame vmd. á otra puerta,
que segun va no le alcanza
una bala de escopeta.

D. FERMIN.

¡Válgame Dios con el chico!

D. PEDRO.

¿Cuál era la intencion vuestra
en detenerlo?

D. FERMIN.

No sé.

Estas armas me rebientan,
que al fin el diablo las carga.

D. PEDRO.

Déjese vmd. de simplezas.

¿No las ha visto cargar?

D. FERMIN.

Sí; pero....

D. PEDRO.

¿Pero qué?

D. FERMIN.

¡Buena
pregunta! al fin son pistolas.

D. PEDRO.

Buenas noches.

D. FERMIN.

Qué ¿nos deja
vmd.?

D. PEDRO.

Pues ¿hai que velar
algun enfermo?

D. FERMIN.

Quisiera
saber en lo que paraba.

D. PEDRO.

Amigo, larga la lleva
vmd. entonces; porque
ahora son las diez y media,
y hasta las siete lo menos....

D. FERMIN.

Segun eso, me aconseja
vmd. me desnude.

D. PEDRO.

Y que
duerma vmd. á pierna suelta.
Fuera lo demas locura.

D. FERMIN.

No sé si podré.

D. PEDRO.

Agur.

D. FERMIN.

Ea,

hasta mañana temprano,
¿no es verdad?

D. PEDRO.

Sin duda.

D. FERMIN.

Buenas

noches. Nicolasa, alumbrá
al señor.... Tú ¿no te acuestas? (á

DOÑA TOMASA. Tom.)

¿Por qué no?

D. FERMIN.

¿Como es tu novio?

DOÑA TOMASA.

¿Qué importa para que duerma?

Demasiado velaré

luego que ya no lo sea;

porque entonces, los cuidados

ya vé vmd. siempre desvelan.

D. FERMIN.

Tienes razon, hija mia,

duerme bien, y toma fuerzas

para sufrir los cuidados

que, segun dices, te esperan.

 ACTO CUARTO.

SCENA PRIMERA.

D. SEVERO Y D. CARLOS.

D. CARLOS.

¿Quién pudiera preveer
que te cegaras, maldito?

D. SEVERO.

Todo el que entra en un garito
ha de jugar y perder.
Asi nada es de estrañar
que yo jugara y perdiera ;
lo que sí me desespera,
es me dejase arrastrar
por un loco como tú
á esa lóbrega mansion.

D. CARLOS.

Es casa de diversion.

D. SEVERO.

Es casa de Bercebu.

D. CARLOS.

¿Aun la cólera te dura?

¿Qué viste tan malo allí
que así te altera?

D. SEVERO.

Yo vi
un infierno en miniatura,
y no merece otro nombre,
porque se deja al entrar
cuanto puede recordar
los privilegios del hombre.
En un ahumado aposento,
anegado en porquería,
he visto en un solo día
lo que no pudiera en ciento.
Sobre una mesa ó bufete
allí un mandil se descubrió,
que más empuerca que encubte,
y al que se llama tapete.
Yace encima un mal belón
moribundo, desdichado,
quien, á pesar de su estado,
manifestó la intención
que de alumbrarnos tenía;
mas le faltó un requisito,
y fue el aceite maldito,
que estaba en Andalucía.
Pues de esta mesa al redor,
y por tal luz alumbrados,
encontramos ya sentados,
esperando un redentor,
á una porción de estafermos,

que por ser desaliñados,
flacos, puercos y estropeados,
me parecieron enfermos.

Pero ¡ai Dios y que sudores
tuve! ¡que susto me diste
cuando al oido me dijiste
estos son los jugadores.

Luego descubrí al banquero
fumando su cigarrito,
manejando aquel librito,
ó recogiendo dinero.

A bosquejar no me atrevo
ni sus dedos, ni sus uñas,
no se quejen las garduñas,
ó chille un cristiano nuevo;
pero añadiré sencillo,
que si le encuentro en la calle,
en lugar de saludalle
le doi mi capa y bolsillo.

¡Qué juramentos! ¡qué horrores!
¡qué reniegos! ¡qué porvidas!
y otras voces conocidas
tan solo entre jugadores.

Acá gana una *judia*,
allí las sotas *se dan*,
piérdese un buen *ganarán*
ó quiebra *contra judia*.

Allí sin *soga*, se *amarra*,
se *apunta* sin escopeta,
sin necesidad *se aprieta*,
se *mata* sin cimitarra :

tambien *se entierra* sin ser
 doctor ni sepulturero,
 y en fin se pierde el dinero
 sin oir, sin hablar, sin ver.
 Estos, amiguito, son
 los primores, que sin tasa
 se encuentran en esa casa,
 que llamas de diversion.
 Y no siento, ciertamente,
 haber jugado y perdido,
 sino el haber conocido
 pocilga tan indecente.

D. CARLOS.

Es verdad; pero disculpa
 tengo, y sabes que el entrar
 fue solo disimular.

D. SEVERO.

No: tu no tienes la culpa:
 bien lo sé. La culpa es mia,
 mi confesion es bien clara,
 y obré anoche, cual obrara
 un chico de Escuela pia.
 Si yo hubiera despreciado
 tus brabatas, si me rio
 y no admito el desafio,
 todo estaba remediado.
 El deber y la amistad
 me lo mandaban asi,
 y aunque yo lo conocí

me cegó la vanidad.
Luego, ya se vé, quisimos
disimular este error,
cometiendo otro mayor.

¿Y que es lo que conseguimos?
pasar una noche entera
mezclados con gariteros,
malgastar nuestros dineros,
y perder la lisongera
opinión de la honradez.

D. CARLOS.

¿Y quién saberlo podrá?

D. SEVERO.

La conciencia.

D. CARLOS.

Callará.

D. SEVERO.

¿Calla jamas este juez?

D. CARLOS.

Vamos, vamos, ten paciencia,
que segun voi entendiendo,
aun estan todos durmiendo
en casa; y por consecuencia
nuestra falta no han notado.

D. SEVERO.

¿Y los criados?

D. CARLOS.

¿Presumir
quieres que lo han de decir?

D. SEVERO.

Un secreto en un criado
se indigesta luego , luego.

D. CARLOS.

Es que yo les prevendré
que callen.

D. SEVERO.

Peor.

D. CARLOS.

¿Y por qué?

D. SEVERO.

Porque pierdes criado y ruego.
Depender del dependiente ,
es trocar los frenos , Carlos ;
y quien llega á equivocarlos
no deshace facilmente
tamaña equivocacion ,
lográndose de este modo
que uno pierda su acomodo ,
y el otro su estimacion.

D. CARLOS.

No importa , vóiles á hablar.

D. SEVERO.
¿Al fin te decides?

D. CARLOS.

Sí.

D. SEVERO.

Haz lo que quieras, y di,
pues vas adentro, á Gaspar,
que venga sin dilacion.

D. CARLOS.

¿Tienes algo que mandarle?

D. SEVERO.

Si: se me ha ocurrido enviarle
á casa.

D. CARLOS.

Alguna comision
para el viejo, eh?

D. SEVERO.

Pues.

D. CARLOS.

Ya estoi:
quizá será por dinero.

D. SEVERO.

Hombre no seas majadero:

anda si quieres.

D. CARLOS.

Voi, voi.

SCENA II.

D. SEVERO solo.

D. SEVERO.

¡Ya mi paciencia se apura!
 No existe mayor tormento
 que estar uno descontento
 de sí mismo. ¡Qué locura
 la de anoche, y qué vileza
 al mismo tiempo! ¡Qué! ¿Es dable
 que, jugador miserable,
 perdiera yo la cabeza,
 hasta el punto de jugar
 dinero que no era mio?
 Y despues de un desafio!...
 y despues de enamorar
 la novia de quien me debe
 su primera educacion...!
 Pues, señor, en conclusion,
 soi un picaro, un aleve.
 ¿Y era yo quien presumia
 no tener ningun defecto?
 ¿era yo el hombre perfecto?
 y al primer tapon... Daria
 cuanto tengo y tener puedo

por morirme ahora, ahora...
 pero ¡es tan linda esta Flora!
 ¡Y quien sabe si por miedo
 hubieran todos tenido
 mi prudencia...? A nadie agrada
 pasar por cobarde... y nada
 mas simple que enfurecido
 cuando Carlos me injurió,
 me acordase que primero
 he nacido caballero
 que no su amigo... pues no,
 no he sido tan delincuente;
 y cuanto mas reflexiono
 encuentro mas en mi abono.
 Si Gaspar va diligente,
 y vuelve con el dinero,
 antes que este D. Fermin
 me lo pida, ya por fin
 del mal el menos. Yo quiero
 suponer por un momento
 que se ignore lo ocurrido:
 entonces nada hai perdido.
 Pues bien, tomemos aliento,
 que quizá no se sabrá,
 y siempre que en adelante
 viva mas cauto, es constante
 que el mundo me apreciará
 como me apreció hasta aqui.
 Bien dice Carlos, que soi
 mui tímido: asi desde hoi
 he de ser lo que antes fui.

SCENA III.

D. SEVERO Y GASPAR.

D. SEVERO.

¿Gaspar?

GASPAR.

Señor, os confieso
que yo he sido un malandrin,
un borracho, un puerco-espín.

D. SEVERO.

Vamos, no hablemos ya de eso:
si la primera impresion
de una culpa nos altera,
luego la hacen mas ligera
el tiempo y la reflexion.
Asi que ya no me irrita
lo que ayer juzgué gran culpa.

GASPAR.

Cuando mi amo me disculpa *aparte.*
sin duda me necesita.

D. SEVERO.

Siempre fiel te he conocido,
servicial, de buen humor.

GASPAR.

¡Ai que me alaba, señor! *aparte.*

¿Qué es lo que habrá sucedido?

D. SEVERO.

Y darte una prueba quiero,
Gaspar, de mi estimacion,
enviándote en comision
á casa.

GASPAR

¿Por?

D. SEVERO.

Por dinero.

GASPAR.

¡Ya!

D. SEVERO.

A mi padre has de decir
algun cuento, una ficcion,
que perdí por distraccion
la bolsa, que..

GASPAR.

Eso es mentir.

D. SEVERO.

Mentir no, que en realidad
para dañar no conspira.

GASPAR.

Ello no será mentira,

mas no es decir la verdad.

D. SEVERO.

Con que ¿no quieres?

GASPAR.

Querré
si vmd. lo toma á su cuenta.

D. SEVERO.

Tu escrúpulo me rebienta.

Si tomo.

GASPAR.

Pues mentiré.

D. SEVERO.

Le dirás que en Villafranca
me ha sucedido un fracaso...
cualquier cosa, porque el caso
es que no tengo una blanca;
pero por Dios te suplico
que vayas y vuelvas pronto.

GASPAR.

¡Toma! Pues ¿soi yo algun tonto?

Voi á ensillar el borrico
de D. Fermin.

D. SEVERO.

¿Estas loco?

¿en borrico?... dáme risa.
 Si esto llamas ir aprisa
 ¿qué será tu poco á poco?
 No, señor, has de alquilar
 la mejor mula de paso,
 y dia y noche (este es el caso)
 has de andar sin descansar.
 ¿Lo entiendes?

GASPAR.

Si que lo entiendo.

D. SEVERO.

Pues bien, marcha á prevenir
 mula y alforja.

GASPAR.

¿Y me he de ir
 sin carta de vmd.?

D. SEVERO.

Corriendo
 voi á escribir una esquila
 para padre que razon
 tienes.

GASPAR.

Pues, señor, alon.

D. SEVERO.

Oyes, no olvides la espuela.

SCENA IV.

*D. SEVERO solo.**D. SEVERO.*

¡ Cuanto cuesta el enmendar
 un error! si se supiera,
 mas facil mil veces fuera
 obrar bien, que no faltar.
 Y aunque nuestro orgullo es ciego,
 el desengaño no es mudo,
 por eso lo que no pudo
 el crimen, lo puede luego
 la verguenza de que clara
 se descubra su fealdad.
 ¡ Qué compasion en verdad
 merece el que se separa
 de la linea del deber!
 ¡ Infeliz! Harto le cuesta,
 y el tiempo me manifiesta
 lo que no supe entender,
 cuando venturoso el nombre
 ignoraba del disgusto;
 mas ¡ ay! que siempre fue injusto,
 si fue venturoso el hombre.

SCENA V.

*D. PEDRO Y DICHO.**D. PEDRO.*

¡ Cuanto agradezco á mi estrella

D. SEVERO el encontraros
solo!

D. SEVERO.

¡Ola, señor D. Pedro!
¿levantado tan temprano?

D. PEDRO.

¡Ay amigo de mi vida!
siempre madruga un cuidado.

D. SEVERO.

Es verdad.

D. PEDRO.

Y por desgracia
yo me encuentro hoy en el caso
de necesitar consejos,
de reclamar los sagrados
derechos de la amistad.

D. SEVERO.

Pues ¿cómo?

D. PEDRO.

Solos estamos,
supongo?

D. SEVERO.

Si.

D. PEDRO.

Es que sintiera

que pudieran escucharnos,
y despues...

D. SEVERO.

No tema vmd.,
pues aun no se ha levantado

D. Fermin, y la familia
anda en sus quehaceres.

D. PEDRO.

¡Bravo!
nada entonces me detiene.

D. SEVERO.

¿Qué será esto? *aparte.*

D. PEDRO.

Amigo, me hallo
en un fiero compromiso.

D. SEVERO.

¿Y puedo serviros de algo,
señor D. Pedro?

D. PEDRO.

Si tal,
me podeis servir de tanto,
que solamente confio,
para salir del barranco
en que estoi, en vuestro celo
en la amistad, en el raro

y prodigioso talento
que os adorna.

D. SEVERO.

Demasiado
me honra vmd, amigo mio;
y os suplico, que dejando
esos elogios, digais
en que tan afortunado
podré ser, que útil os sea.

D. PEDRO.

Pero siempre es necesario
establecer los motivos
que me impelen á buscaros.
De otro modo os sorprendiera,
sin duda que entre los varios
amigos que tengo, os busque
y prefiera, siendo el lazo
que nos une tan reciente;
y esto fuera mui estraño
á no mediar lo que media.
Mas, amigo, vamos claros,
nunca se repara en fechas
cuando se necesita.

D. SEVERO.

Hartos
egemplos pueden citarse
de esta verdad.

D. PEDRO.

Yo ahora trato
de buscar un hombre serio,
justo, desinteresado,
imparcial, fiel, virtuoso,
y este sois vos.

D. SEVERO.

El retrato *aparte*
no es del todo parecido.

D. PEDRO.

Sus luces de vmd., sus vastos
conocimientos, sus rectos
principios, y su exaltado
amor á la virtud, pueden
asegurarme que el sano
consejo que necesito,
estará exento de humanos
intereses, de pasiones,
y de esos afectos bajos,
que dirigen comunmente
los que damos y tomamos.

D. SEVERO.

En lo que alcanzan mis luces,
señor D. Pedro...

D. PEDRO.

Bien. Paso

al asunto. Yo me encuentro, como juez y magistrado, en la dura alternativa, en el caso triste y raro de tener que atropellar un amigo, ó los sagrados derechos de un ministerio terrible, mas necesario.

D. SEVERO.

¿Y este amigo ha delinquido?

D. PEDRO.

La lei le condena.

D. SEVERO.

¿El caso os parece tan difícil?

D. PEDRO.

Si me parece; pues varios incidentes favorecen y escudan su atropellado arrojó. Luego es mi amigo, nos tratamos como hermanos ambas familias, y es fuerte cosa verse precisados....

D. SEVERO.

Pero la lei

D. PEDRO.

En cuanto á eso

no puedo disimularlo :
le coge de medio á medio.

D. SEVERO.

Pues , señor , un magistrado
no debe entonces dudar ;
y es un crimen el retardo
mas pequeño , la menor
dilacion , si fuere en daño
de su augusto ministerio.

D. PEDRO.

Ni yo de ofenderlo trato ;
pero pudiera , como hombre ,
encontrar mas avisado
el medio de conciliar...

D. SEVERO.

Imposible es encontrarlo.
La lei indica la senda ,
y el juez los ojos cerrados ,
debe seguirla y llegar
al fin propuesto. Si incauto
los abre , arriesga el perderse ,
pues buscará los atajos ,
y con ellos los peligros.

D. PEDRO.

¿ Con que prescindo de cuanto
me interese en su favor ?

D. SEVERO.

¡Sí, señor, ó vais errado.

Y no os parezca tampoco
que haceis un extraordinario
sacrificio. No, en la historia
encontrareis un romano
Dictador que condenó
á su hijo. Tambien un Casio
y un Bruto que dieron muerte,
uno al padre, otro al amado
bienhechor. En fin, mil hechos
iguales, que demostraros
podrán, cuánto los afectos
se miran subordinados
á los deberes, y cuánta
gloria nos da el sujetarlos.

D. PEDRO.

Mil gracias, amigo mio.

Confieso habeis disipado
todas mis dudas, y pronto,
pronto conoceréis si hago
caso de vuestros consejos.

D. SEVERO.

¡Ola! ya se ha levantado

D. Fermin.

D. PEDRO.

Tanto mejor.

Ahora vereis lo que valgo
cuando amigos como vos,
me infunden valor.

D. SEVERO.

El diablo
me lleve, si yo comprendo
qué analogía...

SCENA VI.

D. FERMIN, DOÑA TOMASA,
D. CARLOS, COLASA y dichos.

D. FERMIN.

¡Levantados,
y á estas horas ya en visita!
Pues esto, ó mucho me engaño,
ó es pedirme chocolate.

D. PEDRO.

Sí, chocolate, el que traigo
no es mui bueno para vmd.

D. FERMIN.

¡ Oiga!

D. PEDRO.

Soi mui desgraciado,
D. Fermin.

D. FERMIN.

¿Qué dice vmd.?

D. PEDRO.

¿Y he de ser yo, cielo santo,
quien entregue esta familia
al dolor?

D. FERMIN.

Pues ¿cómo? claro,
diga vmd. lo sucedido,
que esos gestos y esos ascos
me matan á confusiones,
y me indican...

D. PEDRO.

Mucho y malo
deben indicar á vmd,
y nunca hubiera encontrado
en mí bastante valor
(lo confieso) para daros,
siendo tan amigo vuestro,
semejante trabucazo,
si los prudentes consejos
del hombre que estais mirando,
mis deberes, como juez,
no me recordasen sábios:
si una lógica elocuente
no me hubiese demostrado,
que la lei no tiene amigos,

sino aquellos que observando
sus preceptos, siguen siempre
la línea que ella ha trazado.
Por eso, al fin me decido...
y á mi pesar.. violentando
mis afectos... he venido...

D. FERMIN.

¿A qué, señor? Concluyamos.

D. PEDRO.

A prender á D. Carlitos.

D. SEVERO.

¡Qué escucho! *aparte.*

D. FERMIN.

¿Qué es esto, Carlos?

D. CARLOS.

Lo ignoro, y como no sea
por un lance, un altercado
que con un desconocido
tuve ayer noche, no caigo
en lo que pueda ser.

D. FERMIN.

Vaya, á D. Ped.
es esto?

D. PEDRO.

Lo han acertado

vmds.

D. FERMIN.

¿Y tal friolera
basta para...

D. PEDRO.

Despacio,
señor D. Fermin, que yo
no soi ningun mentecato
para obrar tan de ligero.
Sepa vmd. que han delatado
á Carlos por desafio
tenido anoche: por varios
conductos me vino el soplo;
y yo, como magistrado,
no puedo disimular
un hecho que saben tantos.
Fuera esto comprometerme
sin ton ni son, y en tal caso
el individuo...

D. FERMIN.

Ya entiendo.
Y despues aconsejado
por D. Severo...

D. PEDRO.

Cierto.

D. FERMIN.

Hombre

¿está vmd. endemoniado?
¡Este es un cuñadicidio!

D. SEVERO.

Señor D. Fermin, reclamo
vuestra indulgencia. Escuchadme
y juzgadme si he faltado
al deber, ó á la amistad.

D. FERMIN.

Dejeme vmd. por san Pablo. *aleján-*
A lo menos si ya hubiesen *dose de*
vmds. emparentado, *él.*
anda con Dios, que no fuera
vmd. el primer cuñado,
ni el último que lo hiciese;
pero antes es un milagro,
una cosa nunca vista.

D. SEVERO.

Carlos, tú que me has tratado
y me conoces á fondo,
di, si me juzgas tan malo,
tan perverso, que...

D. CARLOS.

No sé; *idem.*

pero solo si reparo,
que no aconsejas mui bien.

D. SEVERO.

Flora por Dios...

DOÑA TOMASA.

Mui villano *alejándose*
vuestro proceder parece; *de él.*
suspendo mi juicio, y no hago
poco.

COLASA.

Oiga vmd. un consejo *idem.*
pues parece aficionado.
Quien obra mal hace bien
en callar.

D. SEVERO.

¡Estoi soñando!
Me desprecian, y huyen todos
de mí, cual si fuera el diablo,
sin oirme, sin informarse
tan siquiera hasta qué grado
soi criminal. ¿Y por qué
me huyen? ¿Por qué soi malvado?
Porque tengo la apariencia
contra mí: si asi juzgamos
siempre, no me maravilla
encontrar tantos culpados.

D. PEDRO.

Juzgamos, ni mas ni menos,
lo mismo que aconsejamos.
Cuando no nos duele duro,
y cuando nos duele blando.

D. SEVERO.

Diga vmd. señor D. Pedro
á estos señores, si acaso
pude saber se trataba
de Carlos.

D. PEDRO.

No le nombramos,
en efecto.

D. FERMIN.

¡Ola! Pues eso *acercándose.*
es otra cosa.

D. CARLOS.

En salvando *idem.*
tu amistad nada me importa
lo demas.

DOÑA TOMASA.

Pues yo no parto *idem.*
tan de ligero, por eso
hice mui bien en dudarlo.

COLASA.

Sí, señora, siempre dije *idem.*
lo mismo.

D. SEVERO.

¡Qué desengaño,

y qué lección! Lo que siento,
señor D. Pedro, y lo extraño
á la verdad, es que vmd.
me comprometiese tanto.

D. PEDRO.

Señor, yo busqué un consejo
que me ilustrase en tamaño
compromiso; vmd. no debe
resentirse, si arrastrado
por la opinion de sus luces....

D. SEVERO.

Pero en empeño tan árduo
vmd. debió, cuando menos,
nombrarme al interesado,
para que yo....

D. PEDRO.

¿Y qué hace el nombre
para el hecho?

D. SEVERO.

Sí, que Carlos
es mi amigo, y...

D. PEDRO.

Se prescinde
de estos febles y mundanos
afectos, cuando se trata
del bien social.

D. SEVERO.

Sin embargo...

D. PEDRO.

Y sino , acuérdesese vmd.
de aquel dictador Romano
que me citó , no hace mucho.

D. SEVERO.

Diré que ha sido un borracho;
pues de otra suerte no hiciera
tan repugnante atentado.
La naturaleza nunca
pierde sus derechos santos,
y aquel que los desconoce
es imbécil, ó malvado.

D. PEDRO.

¿Y Bruto?

D. SEVERO.

¡ Oh ! no le nombreis :
fue un parricida.

D. PEDRO

Pues Cásio
no le fue entonces en zaga.

D. SEVERO.

¡ Ya se vé !

D. PEDRO.

Mas lo contrario
¿no digísteis hace un credo?
ó al menos lo habré soñado.

D. SEVERO.

Es que entonces....

D. PEDRO.

Es que entonces
era el paciente un estraño,
y á su costa siempre es bueno
ser justo y cargar la mano.
¿No es verdad?

D. SEVERO.

Que responder *ap.*
no sé.

D. FERMIN.

Pero ese adversario
de Carlos, ¿quién es? ¿Se puede
saber?

D. PEDRO.

Señor, lo ignoramos;
y si Carlos no lo dice....

D. SEVERO.

Lo diré yo.

D. CARLOS.

¡Mentecato! *á Sev. ap.*
¿no ves que á tu amada Flora
comprometes?

D. SEVERO.

Pero Carlos, *(lo mis_*
¿he de permitir.... *mo á Carl.)*

D. FERMIN.

¿Qué es eso,
Señores?

D. CARLOS.

Nada, un encargo
que le dejo.

D. FERMIN.

¡Lindo cuento!
Pues como dé los recados
como los consejos...

D. PEDRO.

Vaya,
si vmd. no tiene reparo,
D. Carlos, nos marcharemos
juntos.

D. CARLOS.

No lo tengo. Vamos.

D. FERMIN.

¡Ai, Virgen santa! Oiga vmd. (*ap. á*
¿Donde va el chico? *D. Ped.*)

D. PEDRO.

A su cuarto (*ap. á D.*
á que se desnude, y duerma *Ferm.*)
el tiempo que ha trasnochado

D. FERMIN.

¡Con qué, á la cárcel! *alto.*

D. PEDRO.

No hai medio:
es fuerza formar sumario,
y remitirlo á Pamplona.

D. FERMIN.

Pues, señor, acompañarlo
quisiera yo hasta la cárcel.

D. PEDRO.

Venga vmd.

D. FERMIN.

Pronto despacho,
y á mi vuelta, D. Severo, á *D. Sev.*
tenemos que hablar un rato
á solas.

D. SEVERO.

Está mui bien.

D. PEDRO.

Vamos, que es muy tarde.

D. CARLOS.

Vamos.

DOÑA TOMASA.

¡Qué desdicha!

COLASA.

¡Señorito

de mi vida!

D. FERMIN.

¡Qué quebranto!

¡En la cárcel un Peralta!

¡Ai, si mis antepasados
levantaran la cabeza,
no se armara mal fandango!

SCENA VII.

D. SEVERO solo.

D. SEVERO.

¡Qué me sucede! ¿Qué pasa
por mí? No se lo que fue;
mas desde que puse el pie
en esta maldita casa,
ni me conozco, ni puedo

hacer sino desatinos.
 ¡Cuál será, cielos divinos,
 el fin de todo este enredo!
 Si se llega á descubrir
 que fui yo quien ha reñido
 con Carlos, estoi lucido;
 y sino, ¿he de permitir
 que él sufra en dura prision
 mientras que alegre paseo?
 es imposible, y yo creo
 que fuera una vil accion
 silencio tan criminal.
 Asi romperlo sabré....
 Mas ¡necio! ¿y qué ganaré?
 ¿mi mal calmará su mal?
 No por cierto, y solamente
 se logrará en realidad,
 sin curar la enfermedad,
 aumentar otro paciente.
 Mi temor crece á medida
 que los riesgos se acrecientan,
 y las dudas atormentan
 mas mi pecho que la herida:
 fuerza será que yo busque
 mi remedio en un consejo,
 antes de que vuelva el viejo
 y su cólera me ofusque.
 A Flora voi á buscar,
 ella será mi doctor,
 si un mal que ha causado amor,
 amor lo sabe curar.

—————

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

DOÑA TOMASA Y D. SEVERO.

DOÑA TOMASA.

Señor vuestra desconfianza
al desaliento os entrega,
y os arruina porque os ciega.
El amor ¿no os da confianza?

D. SEVERO.

El es toda mi esperanza.

DOÑA TOMASA.

Pues bien, si confiais en él,
á su culto sed mas fiel,
y no ofendais su respeto.

D. SEVERO.

¿En que?

DOÑA TOMASA.

En dudar de mi afeto;
que si yo no soi infiel
á la fe que prometida

os tengo, no sé lo que podais temer.

D. SEVERO.

Yo lo sé.

Temo mi opinion perdida
y el grito de una ofendida
conciencia, temo tambien
el merecido desden
del anciano D. Fermin,
y temo á todos; que en fin,
teme bien quien no obra bien.

DOÑA TOMASA.

Nunca comprender pudiera
vuestro extraño sentimiento,
si una parábola ó cuento
su esplicacion no me diera.
Dicen, que allá en la Babiera
cierto *quidam* se encontró
un pendiente, y que le halló
tan fino, terso y brillante,
que desde luego diamante
y bueno le pareció.
Por su desgracia un platero,
á quien lo quiso vender,
hizo pronto conocer
á este pobre caballero,
que su valor era cero;
y á pesar de su jactancia,
confesó al fin, que en sustancia

la joya tan ponderada
 era (si vmd. no se enfada)
 solo una piedra, y de Francia.
 En vano se desespera,
 llora, se queja y maldice
 hallazgo tan infelice.
 Nunca consolado fuera,
 si la fortuna no hiciera
 que á su lado reparó,
 cuando menos lo pensó,
 un pequeñuelo inocente
 jugando con el pendiente
 compañero del que halló.
 ¡Ola! dijo el aburrido,
 este niño se complace,
 y alegre se satisface
 con un diamante fingido:
 pues sino hubiera tenido
 por fino, terso y brillante
 á mi soñado diamante,
 tambien con él jugaria:
 luego la culpa fue mia,
 y no del hado inconstante.

D. SEVERO.

¡Ai Flora! teneis razon:
 ya conozco mi flaqueza.

DOÑA TOMASA.

Perdonad á mi franqueza
 hija de mi estimacion.

D. SEVERO.

Agradezco la lección,
que ingeniosa me habeis dado:
la violencia de mi estado
la debo á mi necio error,
pues quise darme un valor
demasiado exagerado.

DOÑA TOMASA.

¿Lo conocéis?

D. SEVERO.

Sí, señora.

DOÑA TOMASA.

Probadlo.

D. SEVERO.

Decid en qué?

DOÑA TOMASA.

Lo diré, y no tardaré;
pero no puede ser ahora.

D. SEVERO.

Entonces, amable Flora,
satisfaceros no puedo.

DOÑA TOMASA.

Tengo una especie de miedo...

D. SEVERO.

¿En qué fundais tal engaño?

DOÑA TOMASA.

En que á vuestro desengaño
todavía no concedo
toda la fe que pudiera.
Quedad, Severo, con Dios.

D. SEVERO.

Qué ¿ os vais?

DOÑA TOMASA.

Sí, que con vos
mas arriesgo que debiera.

D. SEVERO.

Señora, daros quisiera
esa prueba que pedis.

DOÑA TOMASA.

¿De buena fe lo decís?

D. SEVERO.

¿Lo dudáis?

DOÑA TOMASA.

¡Ai D. Severo!
si el desengaño es sincero
mas sabreis que presumis.

SCENA II.

D. SEVERO solo.

D. SEVERO.

Se va y me deja entregado
 á la incertidumbre fiera,
 sin que pueda mi cuidado
 verse jamas aliviado
 de nn mal que le desespera.
 ¿Qué será lo que tendrá
 que decirme esta muger?
 ignoro lo que será;
 mas si el tiempo lo dirá,
 dejémosle, pues, correr.

SCENA III.

COLASA y dicho.

COLASA.

¿D. Severo?

D. SEVERO.

¿Nicolasa?

COLASA.

Aunque ymd, siempre está serio

connigo, yo, sin embargo,
hace dos horas que espero
la ocasion de hablar á solas
con vmd.

D. SEVERO.

¡Ola! ¿En que puedo
yo servirte?

COLASA.

No, señor,
si la que puede aqui hacerlo
en favor de vmd. soi yo.

D. SEVERO.

¿En mi favor?

COLASA.

Si por cierto.
¿Estamos solos?

D. SEVERO.

¡Dios mio, *ap.*
volvemos á los misterios
y á los tapujos! Si estamos.

COLASA.

Pues sepa vmd. D. Severo,
que aunque parezco criada,
soi mas de lo que parezco;
pues soi el único archivo

donde todos los secretos
de los Peraltas se guardan ;
soi ademas consejero
nato del padre , de la hija ,
del hermano , de los deudos ,
de los amigos de casa ,
de los criados , y aun de aquellos
que llamamos conocidos ,
porque conocemos menos.

D. SEVERO.

Pues, Colasa , en parangon
tuyo ; qué hace ese consejo
de Navarra ?

COLASA.

Yo no sé,
sino solo que no miento
ni exagero ; y para prueba
de lo dicho , decir debo
á vmd. que tambien conozco
sus pesares y secretos.
Cabalito.

D. SEVERO.

¿ Los conoces ?

COLASA.

Sí , señor , ni mas ni menos :
sino , digalo el amor
á Doña Flora , los celos

de Carlos, el desafío,
 luego la casa de juego,
 la noche pasada en claro,
 el natural sentimiento
 por la prision del amigo,
 los temores y recelos
 de que se descubra el ajo,
 y tambien ciertos enredos,
 como mentiras, ficciones,
 efugios y...

D. SEVERO.

Basta, veo
 que estas al cabo de todo,
 y no es necesario...

COLASA.

Bueno
 era quitaros la duda,
 por si acaso.

D. SEVERO.

No la tengo,
 por cierto.

COLASA.

Pues bien, entonces
 os diré, sin mas rodeos,
 que una cierta inclinacion
 simpática que os profeso...

D. SEVERO.

¡Calla! ¿También se conoce
en aqueste triste pueblo
la simpatía?

COLASA.

Sí, señor.

Si cualquiera en estos tiempos
simpatiza con cualquiera.

D. SEVERO.

Pues, hija, bendiga el cielo
tales tiempos. Sigue, sigue.

COLASA.

Digo yo, que cierto afecto,
cuya causa desconozco,
aunque siento sus efectos,
me determina á servirlos,
dandoos, señor, un consejo.

D. SEVERO.

Venga, pues aunque no sea
un gran partidario de ellos;
pues dados, son arriesgados,
y si se reciben, necios.

COLASA.

Mire vmd. lo que es el mio,
como conozco el terreno,

no haya miedo que nos dañe.

D. SEVERO.

Vaya, dilo.

COLASA.

Os aconsejo
que os quiteis la mascarilla.

D. SEVERO.

¡La mascarilla!

COLASA.

No veo
otro camino que pueda
salvaros.

D. SEVERO.

Ni yo comprendo
lo que me queréis decir
con eso.

COLASA:

¿No? pues muy presto
lo sabreis si me escuchais:
atencion, y va de cuento.
Entre los varios quehaceres
que atosigan á los viejos,
el primero y principal
es la eleccion de los yernos.
Mi amo D. Fermin, no solo,

por su mal tuvo este empeño,
sino que quiso tambien
buscar un yerno perfecto;
y eso es, señor, imposible.
¿No es cierto?

D. SEVERO.

Cierto, y muy cierto.

COLASA.

Cuando al fin se decidió

por vmd, fue, por supuesto,
convencido de que habia
encontrado aquel modelo
de perfeccion que buscaba;
y ya vé vmd. si está lejos
de haberlo hallado: ¿no digo
bien?

D. SEVERO.

Muy bien.

COLASA.

Si sus defectos
de vmd, sus calaveradas,
y todos sus devaneos
se pudieran descubrir,
no hai duda que nuestro viejo
andana se llamaria.
Entonces vmd, perdiendo
el engañoso barniz

que ocultaba los remiendos;
 se quedará tal cual es,
 y tal cual son entre ciento
 los noventa y nueve: entonces
 libre del pasado empeño
 pudiera vmd. contratar
 con Flora otro empeño nuevo,
 y casarse, y tener hijos,
 y conseguir luego un...

D. SEVERO.

¡Fuego
 con el consejo que das!
 ¿Y quieres tú que yo mismo
 diga y confiese...

COLASA.

¿Qué importa
 que sea vmd. ó sea un tercero
 en discórdias, el que cuente
 todo? Asi siempre es mui bueno
 el tomar la delantera.

D. SEVERO.

Con todo, tengo recelo;
 y despues el amor propio
 padece mucho con estos
 desenlaces.

COLASA.

¡Ai, señor,

el amor propio y los celos,
como á los paracaídas
los sostiene solo el viento.

D. SEVERO.

Sí; pero yo me conozco,
y aunque estuviera año y medio,
estoi seguro, Colasa,
que me faltara el aliento,
si tuviera que decir
cara á cara...

COLASA.

¿No es sino eso?
Pues bien, corre de mi cuenta:
yo me encargo.

D. SEVERO.

Ni por pienso,
no quiero que me descubras.

COLASA.

Vmd. lo que tiene es miedo,
y pues milagrosamente
nuestro enemigo tenemos
en campaña, verá vmd.
si merezco ó no merezco
la confianza general.

D. SEVERO.

Calla, por Dios.

SCENA IV.

D. FERMIN y dichos.

D. FERMIN.

D. SEVERO,
estoi contra vmd. lo mismo
que si fuera ya su suegro.

D. SEVERO.

Pues, señor, lo siento mucho.

D. FERMIN.

Dígame vmd, ¿qué embelecos,
qué enredos, qué trapisondas
son estás? ¿por qué está preso
Carlos? ¿por qué la Florita
llora? ¿por qué está vmd. serio,
cabizbajo y taciturno?
Responda vmd.

D. SEVERO.

Yo me siento
algo malo, y á eso atribuyo
mi tristeza.

D. FERMIN.

¿Es del cerebro
el mal?

COLASA.

¡Jesus! no señor,
si es el mal del descontento,
dolencia, que solamente
suele cebarse en aquellos
que han estado mas robustos,
porque los encuentra menos
hechos á padecer.

D. FERMIN.

Díme,
Colasa, y qué sabes de eso?

COLASA.

Con que ¿no lo se? Pues vaya,
preguntadle á D. Severo,
sino es cierto que padece
una zozobra, un interno
disgusto, una comezon
á manera de recelos,
y sobre todo, señor,
un peso en la frente, un peso...

D. FERMIN.

Ese es mal de novios.

COLASA.

Suele
tambien muchas veces serlo:
pero aqui no es mal de novios,

que es solo...

D. FERMIN.

¿Qué?

COLASA.

Descontento
de sí mismo, precision
de hablar con vmd, gran miedo
de que se enfade, y por fin,
indigestion de un secreto
que necesita salir,
y no puede.

D. FERMIN.

¿Es esto cierto? á Sev.

D. SEVERO.

Nicolasa se chancea,
y su genio placentero
quiere sin duda á mi costa...

COLASA.

No, señor, no me chanzee:
vmd. tiene un secretazo...

D. SEVERO.

Nicolasa...

COLASA.

Yo no entiendo

de señas: harto he callado,
y si ahora no hablo, reviento.

D. SEVERO.

Pues mejor será que yo
me retire. Hoi es correo,
precisamente dos cartas
tengo que escribir.

COLASA.

No quiero
que tales cartas se escriban
hasta salir del aprieto
consabido. Venga vmd.
acá, señor D. Severo,
y diga al que en infuion
está para ser su suegro,
cómo ha pasado la noche,
no en su cama, ni al sereno,
sino en casa de la Pepa
la muger del estanquero.

D. FERMIN.

¿Fumando?

COLASA.

No tal, jugando
y perdiendo su dinero,
y aun el vuestro de Tafalla.

D. FERMIN.

¿Y qué mas?

COLASA.

Que si fue al juego,
fue solo por disimulo;
pues estuvo antes riñendo
con Carlos.

D. FERMIN.

¡Con Carlos!

COLASA.

Sí,
por unos ciertos requiebros
dichos á Doña Florita.

D. FERMIN.

¡Qué! ¡Tambien esa!

COLASA.

Y no fueron,
por parte del señorito,
infundados estos celos,
que el señor gusta de Flora,
y Flora no gusta menos
del señor. ¡Ai!... Ya salimos
del apuro.

D. FERMIN.

¡Qué oigo, cielos!
Dígame vmd, señor mio,
si dar entera fe puedo

á lo que dice Colasa.

D. SEVERO.

Señor... hai ciertos momentos
en que...

D. FERMIN.

No quiero disculpas:
bien sé que no hai hombre cuerdo
á caballo, y por lo tanto,
sin dilacion ni rodeos,
solo exijo una respuesta
categórica.

D. SEVERO.

No encuentro
que decir.

D. FERMIN.

Vamos, ¿sí ó no?

D. SEVERO.

Pues, Señor, yo lo confieso:
es verdad cuanto ella dijo.

D. FERMIN.

¿Cierto?

D. SEVERO.

Cierto.

D. FERMIN.

Eso supuesto,

dáme los brazos , y aprieta ,
que estoi loco de contento.

D. SEVERO.

¿Qué es esto ?

D. FERMIN.

Válgame Dios,
qué fortuna !

D. SEVERO.

¿Estoi durmiendo ?

D. FERMIN.

¿ Un yerno amable , sensible ,
y enamorado en extremo ;
un yerno pundonoroso
y nada cobarde ; un yerno
amigo de diversiones ,
de trasnoches y de juegos ?
¿Qué hallazgo ! Yo , que esperaba ,
teniendo un yerno perfecto ,
ser mártir de su virtud ,
hallarme uno , de quien puedo
murmurar , quien sabrá darme
á cada instante pretextos
para renirle , y quejarme
á los vecinos y deudos ?
Vaya , vaya , ¡ qué fortuna !
Ahora si que seré suegro
en forma , sin menoscabo

de mi clase y privilegios.
 Mas ¿qué es lo que me detiene?
 ¿por qué no marchó corriendo
 á buscar un escribano
 y un cura, que os casen luego?

COLASA.

¡Qué los case! ¿Quién con quién?

D. FERMIN.

Mi Tomasa con Severo:

¡buena pregunta!

COLASA.

¿Y Florita?

D. FERMIN.

Que se vaya á los infiernos.

A Dios, á Dios, yerno mio,
 ten paciencia, pronto vuelvo.

D. SEVERO.

Esperad, por Dios, señor,
 escuchadme.

D. FERMIN.

Ya no hai tiempo;
 pero cuando estes casado
 te escucharé como un muerto.

SCENA V.

D. SEVERO Y COLASA.

D. SEVERO.

Ahora bien, Colasa,
¿qué podras decir
de tal aventura?

COLASA.

Callar y reir.

D. SEVERO.

¿Reir?

COLASA.

Sí por cierto.

D. SEVERO.

¿Te burlas de mí?

COLASA.

No tal; pero ¿cómo
podré resistir
el flujo de risa
cuando D Fermin
en vez de enfadarse,
te casa?

D. SEVERO.

Y por tí,

por tí solo ha sido.

COLASA.

¿Y quién presumir
 pudiera este lance?
 Mas, en fin, decid,
 ¿os casais?

D. SEVERO.

¿Y cómo
 lo puedo eludir?

COLASA.

Pronunciando un *no*
 en lugar de un *sí*.

D. SEVERO.

¡Qué extraño suceso!

COLASA.

De un viejo mastin
 es el tragadero
 puerta de toril.

D. SEVERO.

Colasa ¿qué haremos?

COLASA.

Fuerza es discurrir
 un medio.

D. SEVERO.

¿Y qué medie?

COLASA.

¿Queréis por san Gil,
que os dé otro consejo?

D. SEVERO.

Vaya por Dios. Di.

COLASA.

Quién es tan cobarde
que teme sufrir,
no busque en los otros
lo que no halla en sí;
que el valor ageno
no puede servir
en daño tan propio
como el suyo; así
sufra su quebranto
ó aprenda á vivir.

SCENA VI.

DONA TOMASA y dichos.

DOÑA TOMASA.

Severo, Colasa,
¡ai triste de mí!

perdidos estamos.

D. SEVERO.

¿Qué sucede? di.

COLASA:

¿Qué es esto, señora?

DOÑA TOMASA.

¡Ai, que entrar yo vi
al señor D. Pedro!

COLASA.

¿Solo?

DOÑA TOMASA.

Un ministril
enjambre le sigue,
y vienen por tí,
sin duda, Severo.

D. SEVERO.

Dejadlos subir,
que nunca he temido
la cárcel por sí,
sino porque pude
antes delinquir.

SCENA VII.

D. PEDRO y dichos.

D. PEDRO.

Señor D. Severo,
¿prometeis decir
verdad?

D. SEVERO:

Jamas supe
qué cosa es mentir.

D. PEDRO.

¿Sois vos quien con Carlos
hubo de reñir
ayer por la noche?

D. SEVERO.

Sí, señor, yo fui.

D. PEDRO.

¿Qué puede excusaros?

D. SEVERO.

Ser hombre, y que en mí
se hallen las flaquezas
que en los otros vi.

D. PEDRO.

Pues debo prenderos.

D. SEVERO.

Prended y cumplid
como juez, que yo
como hombre cumplí.

D. PEDRO.

Alguaciles, ola,
al punto venid.

SCENA ULTIMA.

D. FERMIN, D. CARLOS y dichos

D. CARLOS.

Aquí está un cuñado.

D. FERMIN.

Y un suegro está aquí.

COLASA.

Dos son solo, y sobra
mas de un alguacil
para sujetar
aunque fuera al Cid.

D. SEVERO.

Pero señores, ¿qué es esto?
¡Qué dichosa novedad!
¿Carlos puesto en libertad

tan impensado, tan presto?
 Todos callan: ¡lindo afán!
 ¿No se me quiere decir
 de donde pudo venir
 tanta dicha?... y ¿donde estan
 los alguaciles, que preso
 debieron ponerme ahora?
 Dilo, Carlos; hablad, Flora,
 ó ¿quereis que pierda el seso?
 De una duda tan cruel
 evitadme los temores.

D. FERMIN.

Y ¿quien le pone, señores,
 á este gato el cascabel?
 ¿quien le dice la verdad?

D. PEDRO.

A vos os toca.

D. FERMIN.

A mí no.

D. CARLOS.

Yo no lo digo.

COLASA.

Ni yo.

D. FERMIN.

D. Pedro hablad.

D. CARLOS.

Padre hablad.

D. FERMIN.

Habla tú.

D. CARLOS.

¿Quién esto vió?
los hijos deben callar.

D. SEVERO.

Con qué ¿nadie quiere hablar?

DOÑA TOMASA.

Sino quieren lo haré yo.

Ignoro si me asegura
mi sexo la impunidad;
pero sabed la verdad
aunque arriesgue mi ventura.

Señor D. Severo, si
de alguno os podeis quejar,
no teneis que titubear,
pues debe de ser de mi.

Y en prueba, deciros quiero,
aunque á Flora hayais querido,
que Flora es nombre fingido,
y Tomasa el verdadero.

D. SEVERO.

Señora, ¿vos sois Tomasa?

DOÑA TOMASA.

Sí señor , de mala gana.

D. SEVERO.

¿Y sois de Carlos hermana?

DOÑA TOMASA.

No tiene otra hermana en casa.

D. SEVERO.

Luego ha sido fingimiento
su pasión, vuestro desvío,
sus celos y el desafío.

DOÑA TOMASA.

No hai duda : todo fue cuento.

D. SEVERO.

¿Y qué causa provocó
tal enredo?

DOÑA TOMASA.

Vuestra fama.

D. SEVERO.

¿Mi fama?

DOÑA TOMASA.

Sí, que una dama
siempre un marido temió

con la rara cualidad
de perfecto en demasia,
que un necio solo confia
en la agena necesidad.

D. SEVERO.

Luego quisisteis que yo
desatinos cometiera.

DOÑA TOMASA.

Y quisimos bien, pues era
el camino que se halló
para haceros conocer
el valor de la indulgencia.

D. SEVERO.

¡Tan bella y con tal prudencia!

DOÑA TOMASA.

Siempre es bueno preveer.

D. SEVERO.

La leccion es harto dura.

DOÑA TOMASA.

¿Cuándo es blanda una leccion?

D. SEVERO.

¿Quién á tal conjuracion
resistiera? la hermosura,
la amistad y la experiencia

se reunieron en mi daño;
por lo mismo no es extraño
sucumbiera mi inocencia.

DOÑA TOMASA.

Aquestas conjuraciones
solo os pueden enseñar:
temed las que han de formar
mui pronto vuestras pasiones.
Estas son, sin duda alguna,
las que mas debeis temer,
y si las lograis vencer,
benedicid vuestra fortuna;
sin que por eso, señor,
insulteis al que es vencido,
pues el hubiera querido
ser, como vos, vencedor.

D. SEVERO.

Conozco, Señora mia,
vuestra razon, y la aprecio
de tal modo, que en desprecio
de mi orgullo, quiero un dia
ser de todos conocido
por tolerante y prudente,
que es lo mismo que indulgente.

DOÑA TOMASA.

¿De veras?

D. SEVERO.

Nunca he mentado.

DOÑA TOMASA.

Entonces esta es mi mano,
si es que mi padre lo aprueba.

D. FERMIN.

Dios os bendiga y os llueva
mas hijos que en el verano
hai chinches. Pero, Severo,
no olvides esta leccion,
que siempre los buenos son
á perdonar los primeros.

D. SEVERO.

¡Olvidar esta leccion!
¡Jesus, Señor, que demencia!
y en prueba de mi indulgencia
obtendreis vuestro perdon.

D. FERMIN.

¿Qué dices? ¡oh que delirio!
¡perdon yo! ¿de qué ó por qué?

D. SEVERO.

Porque vuestra casa fue
donde he sufrido el martirio
de una burla asaz pesada,
siendo los actores de ella
un anciano, una doncella
con insulas de casada,
un juez, y en fin, un amigo

á quien conocí en su infancia;
 confesad, pues, que en sustancia
 os excedisteis conmigo;
 y pues por distintos modos
 todos, D. Fermin, lo erramos,
 bueno será que pidamos
INDULGENCIA PARA TODOS.



IN VERITATE
 LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU
 BIBLIOTECA
 GIL MUNILLA

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY
7-12-64

UNIVERSITY OF CHICAGO

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU



7010464

